



**Joaquín Calvo-Sotelo**

**Plaza de Oriente**

PERSONAJES

MARÍA LUISA.  
SOLEDAD.  
ENCARNA.  
ENCARNITA.  
EULOGIA.  
DONCELLA.  
COCINERA.  
SEÑORA 1.<sup>a</sup>.  
SEÑORA 2.<sup>a</sup>.  
DOÑA EMILIA.  
MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.  
MUCHACHA 2.<sup>a</sup>.  
MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.  
MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.  
SEÑÁ RITA.  
NIÑA FRANCISCA IGNACIA.  
NIÑA ENCARNITA.

NIÑA ROSAURA.  
DON GABRIEL ARDANAZ Y SEGURA.  
DON GABRIEL ARDANAZ Y DE LA TORRE.  
GALLARDO.  
SANTIAGO.  
ANDRÉS.  
JOSEÍTO.  
TRANSEÚNTE 1.º.  
JULIÁN.  
EL FOTÓGRAFO.  
TRANSEÚNTE 2.º.  
TRANSEÚNTE 3.º.  
MUCHACHO 1.º.  
MUCHACHO 2.º.  
VENDEDOR 1.º.  
VENDEDOR 2.º.  
El tictac del reloj.  
GABRIEL ARDANAZ Y RUIZ.  
CORO.

Plaza de Oriente se representó por vez primera la noche del 24 de enero de 1947, en el Teatro María Guerrero, de Madrid, por la Compañía del Teatro Nacional dirigida por don Luis Escobar y don Humberto Pérez de la Osa. La acción se inicia el 12 de abril de 1931. Pero, en realidad, transcurre hasta ese día, desde el 17 de mayo de 1886 en Madrid, Corte de las Españas.

Los decorados y los figurines, de Víctor María Cortezo, fueron realizados, respectivamente, por Redondela, Isaura, y Mme. Marie.

#### Nota muy importante

Al efecto de simplificar la representación de Plaza de Oriente, debe tenerse en cuenta que, en lo que se refiere al reparto femenino, los papeles de Cocinera y Señora 2.<sup>a</sup>, pueden ser doblados por una misma actriz. Asimismo los de Doncella y Muchacha 1.<sup>a</sup>, Doña Emilia y las Niñas Francisca Ignacia, Encarnita y Rosaura no hablan.

En lo que atañe al reparto masculino, Julián y el Fotógrafo pueden ser igualmente doblados por un mismo actor. Los Vendedores 1.º y 2.º, o suprimidos o reducidos a uno sólo.

Advertencias para la representación de Plaza de Oriente

El tictac del reloj, con el que se procura dar al espectador la sensación del paso del tiempo, puede simularse con un metrónomo. A fin de que sea perfectamente audible, convendrá aplicarlo a un micrófono. Análogo procedimiento convendrá utilizar para que se oiga la sonería del reloj de bolsillo, que tanta importancia tiene en el curso de la representación. Con ese objeto, un reloj de sonería que se dispare al lado del micrófono al tiempo que los personajes muestran uno cualquiera en escena, será el mejor camino de conseguir el más eficaz efecto.

Si no se dispusiera de reloj de sonería, sus leves campanadas podrán simularse por el traspunte con un pequeño xilófono o simplemente con la percusión sobre dos copas de cristal fino distintamente llenas de agua.

El fondo musical de los cuadros, para evitar o la reproducción o la busca de algunos discos -ambos difíciles-, podrá hacerse con piano.

En el primero y último actos, el paso de la banda de los alabarderos por la Plaza de Oriente debe simularse con el disco de El relevo de la guardia, de la zarzuela de Mañes y el maestro Alonso titulada La Zapaterita («Columbia»).

Los clarines de Caballería, con el principio de la segunda cara de Los sitios de Zaragoza («La Voz de su Amo»).

La marcha militar puede ser cualquiera. La de la película Forja de almas es de las que con más facilidad se encuentran en discos.

La música de fondo de la mitad del acto II es la de los nocturnos Las Nubes, de Debussy («La Voz de su Amo»).

## Acto I

La escena representa la sala de recibir de un piso de familia acomodada; amueblado al uso de los últimos años del pasado siglo en la Plaza de Oriente. En primer término, fuera del marco de la escena propiamente dicha, se ven, aplicadas a su embocadura, dos grandes farolas a la manera de las que lucían en la Plaza de Oriente antes de su actual reforma. Estas farolas, que, en algún momento habrán de encenderse, están normalmente apagadas y -huelga decir- son un elemento de ambientación que no se altera en ninguna de las mutaciones que exigen los cuadros. La sala está, por así decirlo, dividida en dos. La mitad posterior, forma una especie de chaflán abierto sobre un mirador. Los cristales del mirador son perfectamente visibles desde el público y, a través de ellos y, como forillo, queda sólo un impreciso horizonte azul. La escena, en la embocadura del mirador, se angosta un poco, por virtud de lo cual ambas partes no quedan de iguales proporciones, sino mucho más reducida la que corresponde a aquel. Entre ambas hay dos salidas, a

derecha e izquierda. La de la izquierda se supone que da al comedor; la otra, a las habitaciones interiores. En primer término, hay dos puertas laterales, a derecha e izquierda, muy próximas al arranque del escenario y dispuestas la una frente a la otra. En el centro de la escena, un gran brasero. En su torno, dos pequeños sofás. Adosado al lienzo de la izquierda, una pequeña escribanía, contigua a la puerta. En el de la derecha, una consola que preside un gran espejo. Sobre la consola, diversos retratos. En las paredes, cuadros, cornucopias, miniaturas. En el mirador, una mesita baja y alguna pequeña silla.

El mirador y la sala son separables por unas cortinas que, en determinados momentos, podrán ser corridas desde el interior. Los términos derecha e izquierda no son los del actor, sino los del espectador.

DON GABRIEL.- Era mucho abrigo para un día de abril...  
¡Encarna!...

(Surge ENCARNA por la lateral izquierda. Es una mujer de cincuenta y seis años. Viste un sencillo traje negro, de casa. Se echa de ver que otro color no le iría.)

ENCARNA.- ¿Ya estás de vuelta? ¿No hubo ningún incidente? ¿No te pasó nada?...

DON GABRIEL.- Todo ha ido en orden y sin novedad. ¡Ah!, y quítame el abrigo. Hay que eliminar estorbos.

ENCARNA.- ¿A doce de abril, un estorbo el abrigo?...

DON GABRIEL.- Este doce de abril, desde luego. La primavera está muy firme, hermana. Y a mí me pesa sobre los hombros tanta ropa.

ENCARNA.- Trae, trae... Te equivocas si crees que voy a hacerte caso. Nada de eso. Y aun he de decirte más: te prohíbo que te lo quites tan pronto. La casa está sin calefacción y hace frío. Ya te lo quitarás dentro de un rato.

DON GABRIEL.- Siento por ti ahora ese odio de los niños hacia quienes les hacen tomar medicinas.

ENCARNA.- Yo también te odio, hermano... (Le abraza con ternura.)

DON GABRIEL.- ¿Y ese muchacho, Encarna?...

(DON GABRIEL ha ido hacia la escribanía. Ha buscado en ella un cuaderno de hule, entre otros varios muy parecidos. Lo ha abierto y ha simulado leer alguna de sus páginas. Es en ese instante en el que ENCARNA regresa. Deja el cuadernillo entonces y se le acerca, casi cómplice. Una inesperada emoción impregna sus palabras.)

ENCARNA.- Duerme todavía.  
DON GABRIEL.- Oye, Encarna: es guapo, ¿verdad?  
ENCARNA.- Sí, sí...  
DON GABRIEL.- ¡No lo digas con la boca pequeña, mujer!  
ENCARNA.- ¿Cómo he de decirlo?  
DON GABRIEL.- Como solo puede decirlo, al fin y al cabo, una mujer. ¡Es guapo!  
ENCARNA.- ¡Ay Dios! ¿Qué manera de caerse la baba con él!  
DON GABRIEL.- Bueno, pues no me abochorna esa flaqueza, qué quieres...  
ENCARNA.- Pues claro que no. (Se acerca a él. Halagadora.) Es el mozo más bien plantado que vi nunca.  
DON GABRIEL.- (Como si a él fuera dirigido el elogio. A la vez que se atusa, como por instinto, su bigote.) ¿Tú crees?  
ENCARNA.- Y con una simpatía que arrolla cuanto le sale al paso, que se contagia y le hace a uno en seguida..., no sé..., ponerse de su lado...  
DON GABRIEL.- Oye, y de parecido, ¿eh?, ¿a ti a quién te recuerda?...  
ENCARNA.- Tiene el aire de la familia.  
DON GABRIEL.- Sí, ¿no es cierto?... Lo mismo pensaba yo...  
ENCARNA.- Bueno, Gabriel, voy a traerte tu jerez. (Transición.) Dime, ¿había mucha cola?...  
DON GABRIEL.- Sí; pero votamos muy de prisa. En tres cuartos de hora nos despacharon.  
ENCARNA.- ¿Viste a muchos conocidos?  
DON GABRIEL.- Sí, a varios de nuestros vecinos. Entre ellos, a Panchito... El dentista del segundo; el republicanito del demonio... Aun tuve que contenerme para no darle un bastonazo al botarate...  
ENCARNA.- Mañana estará como alma que lleva el diablo...  
DON GABRIEL.- ¡Mira no le llevase antes de votar! Y que Dios me perdone... (Le remeda.) «Buenos días, señor Ardanaz. ¡Qué madrugador le veo a usted hoy!...».  
ENCARNA.- ¡Vaya, el impertinente!...

(Hace mutis por la derecha y regresa a los pocos segundos con una botella de jerez y unos bizcochos, tal como dijo. DON GABRIEL, sin embargo, no ha interrumpido su relato.)

DON GABRIEL.- Yo casi ni le contesté... Y él, insistiendo... «A ver quién lleva el gato al agua, don Gabriel...». (Habla a la habitación interior donde se ha retirado ENCARNA.) ¡Si no fuera por mis sesenta y ocho años!...  
ENCARNA.- (Desde dentro.) Setenta, hermano, setenta...  
DON GABRIEL.- «¿Ha elegido usted bien sus candidatos?... Tenga cuidado no se equivoque usted y quite un voto a sus amiguitos y se lo dé al contrario...».  
ENCARNA.- (Sale.) ¡Qué tipejo! ¡Habrase visto! ¿Y tú qué le contestaste?

DON GABRIEL.- Me acerqué a él, y le dije...

(En este instante se oye lejanamente el eco de una banda de música. Suenan primero unos pífanos, una marcha después.)

¿Qué hora es, Encarna?

ENCARNA.- Pues... no sé... Esos son los alabarderos... Las diez y media, calculo yo.

DON GABRIEL.- Claro, es la hora del relevo.

ENCARNA.- ¿Y qué le contestaste a ese sujeto?

DON GABRIEL.- (Abstraído.) Fíjate qué bien suena, qué ritmo más señor y qué marcial al mismo tiempo...

ENCARNA.- Anda, cuéntame: tú, ¿qué le contestaste?

DON GABRIEL.- (Aún escucha, absorto, unos segundos más.) Sí... Me acerqué a él, y le dije: Aunque me equivocase yo de candidatura, y se equivocaran cien mil españoles, todavía nos sobrarían millones de votos para vencerlos a ustedes.

ENCARNA.- Tómate una copita de jerez... Te la has merecido. (Se la sirve.)

DON GABRIEL.- (Saliendo de su abstracción momentánea.) Que mi María Luisa te lo pague, Encarna. ¡Si hoy hubiera vivido!...

ENCARNA.- ¿Qué tienes ahí? ¿Tu Diario de siempre?

DON GABRIEL.- (Le muestra los cuadernos de hule.) Cuarenta y cinco años de mi vida, Encarna, y casi día por día.

ENCARNA.- Cada loco con su tema.

DON GABRIEL.- Este Diario se empezó el año 1886, cuando tú estabas solo en la mente del Señor.

ENCARNA.- Eres muy galante, hermano. En 1886 hacía ya once años que yo había salido de la mente del Señor para pasar al censo del distrito de Palacio.

DON GABRIEL.- ¡Bah, bah!... Una chiquilla sin juicio...

ENCARNA.- Sí, sí... Trae el jerez, si lo bebiste ya. Voy a recogerlo. (Inicia el mutis con la botella y la bandeja.)

DON GABRIEL.- (La retiene.) Espera un segundo. ¿Verdad que yo ahora me parezco a nuestro padre?

ENCARNA.- (Desde el umbral.) Sí, hermano; sí...

DON GABRIEL.- (Lo busca con la mirada. Va hacia él, apenas lo encuentra sobre la consola, y lo contempla largamente y con emoción.

ENCARNA ha hecho mutis.) Sí, sí...: me parezco a él. De joven, no.

¡Éramos tan distintos!... Pero yo lo llevaba dentro, en simiente...

Mi voz, ¿no es como la suya? ¡Oh!, sí... Me hablaba aquella tarde, apoyado en el piano, imitando con las teclas el sonido de unas campanas siempre iguales, siempre iguales...

(Va al piano, y, en efecto, las imita, a base de pulsar indefinida y espaciadamente algunas de sus teclas. Ahora habla como si le remedara.)

«Caballerito, ¿se da cuenta de que es usted nada menos que todo un hombre? Porque hasta ahora era solo un mozalbete, casi sin

responsabilidad, dueño de enamorarse y desenamorarse a placer, y que todo cambió, simplemente, porque ya tiene sus tres estrellas de capitán en la manga». ¡Oh, su voz, su voz entrañable!... Así me habló aquí mismo, en esta habitación; porque la habitación sí que no ha variado nada, ni la casa...

(La escena, que el tictac de un reloj fantástico preside como un personaje inesperado, se ha ido oscureciendo desde el principio de la evocación de DON GABRIEL, y ahora, en este instante, está casi por entero apagada. Así, el mutis de DON GABRIEL se ha podido hacer con la mayor discreción posible. La figura de EL PADRE le ha reemplazado. EL PADRE es un hombre de unos sesenta años, en 1886. Lleva una mano enguantada. Usa quevedos. Media barba venerable. Su cabeza es una bella cabeza romántica; una cabeza con una cabellera de poeta, pero con un bigote aún marcial. EL PADRE sigue, igual que DON GABRIEL, jugando en el piano con el sonido de las campanas. Ahora, DON GABRIEL habla desde dentro.)

La casa, sí, está como entonces: con sus cornucopias con los viejos cuadros de la abuela, con su comedor, su despacho severo, sus alcobas, sus olorosos armarios y el intacto aroma con que se hablan los muebles cuando llevan juntos mucho tiempo; los muebles entre los que vivió mi padre... Ahora lo veo como si viviera.

(La luz comienza a iluminar la escena. El padre de DON GABRIEL sigue en el piano; pero ahora de cara al espectador.)

Mi padre usaba quevedos. Con su aro de concha, y en los cristales, ¡ay!, las mismas dioptrías de los míos... (DON GABRIEL se cala sus quevedos.) Llevaba siempre un alfiler, con su inicial, en la corbata: «Regalado por Martínez Campos», me decía para valorarlo.

(EL PADRE de DON GABRIEL ha llevado su mano a la corbata, como si lo señalara.)

Siempre, eternamente, con un libro en la mano. «Lee, Gabriel, hijo. Nunca se lee bastante». La mano, enguantada para cubrir su eczema.

(EL PADRE deja ahora el libro sobre el piano y toma de ella un junquillo que blande en el aire.)

Su eterno junquillo, medio bastón, medio fusta... Su blanco bigote, su barba desmayada, en la que ya era imposible descubrir una sola hebra gris siquiera. Sí, así era mi padre, allá por los años 1885, 1886... ¿Por qué tanta vaguedad? Así era mi padre aquel 17 de mayo de 1886...

(La luz es, en este instante, casi la normal. Se oyen en la lejanía gritos de vendedores de periódicos, «¡La Época!, con el estado de la Reina, ¡La Época!...».)

¡Ay, quién pudiera parecer como era entonces yo!... Mi aire ingenuo y desordenado, mi flamante uniforme de capitán, mi sonrisa juvenil y confiada... Y aquel temblarme las palabras al hablar de María Luisa...

(La luz ya es la normal en la escena. En ella se encuentra tan solo EL PADRE. Sigue en el piano, sobre el que hace sonar las elementales campanas.)

EL PADRE.- Gabriel, hijo... (Se dirige, con la voz, a la puerta de la izquierda, esto es, a la contraria de aquella por la cual hizo mutis DON GABRIEL.) ¿No vienes? He de hablarte. Ya sé por qué no vienes. Están cosiéndote en el uniforme la tercera estrella. ¡Ah!, yo conozco ese afán de lucir el ascenso sin perder minuto. También lo sentí yo en mis tiempos... Para darse cuenta de lo bello que es ser oficial de Caballería, es preciso no poder serlo ya. Todo lo amaba yo en mi carrera: el rigor de la disciplina y la camaradería del peligro; la virtud de mandar y el deber de la obediencia; el resplandor de los sables desenvainados, la pujanza de mi caballo y la elegancia de mis uniformes. Yo sé, Gabriel, que a ti te sucede igual. Tú y yo, al menos, estamos en el secreto, y sabemos bien que, aunque solo sea por ser capitán de Caballería, vale la pena de vivir...

DON GABRIEL.- (Desde dentro.) ¡Encarnita! ¿Vas a dejar de enredar?

ENCARNITA.- (Desde dentro también.) Yo no enredo.

DON GABRIEL.- Pues no estorbes, endiablada hermanita. ¿Cuántos años tienes?

ENCARNITA.- Once.

DON GABRIEL.- Son los once años más inaguantables que he visto en el mundo. (Le habla en un tono de cariñosa burla.)

ENCARNITA.- Rabia que te da de ser un viejo ya de veinticinco. Y más todavía: de aparentar treinta y pico...

EL PADRE.- (Dulcemente.) Encarnita, hija, no seas descarada. Deja en paz a tu hermano.

(ENCARNITA comparece en la lateral izquierda. Es una chiquilla de once años, ni uno más. Gira, perezosamente, sobre la jamba, como si fuera un gozne, y queda pegada al umbral, con las manos cruzadas en la espalda.)

¿Por qué eres tan enredadora, Encarnita?

ENCARNITA.- Gabriel, que es un tonto...

EL PADRE.- Niña; respeta a las fuerzas armadas.

ENCARNITA.- No me ha dejado que siguiera en la Plaza.

EL PADRE.- Ha hecho muy bien. Hoy hay demasiada gente. Todos los coches de Madrid están yendo a Palacio. Y una niña como tú no tiene nada que hacer abajo.



ENCARNITA.- Pero yo quiera verlo.

EL PADRE.- Más tarde. No ahora..., Gabriel, he de hablarte...

DON GABRIEL.- Aquí estoy, padre. Yo he de hablarle también.

(Aparece, en efecto, ahora DON GABRIEL. Viene sonriente, vestido con el uniforme de capitán de Caballería, del año 1886. Saluda marcialmente. Trae en la mano, doblado de manera que el título se lea con claridad, un ejemplar de La Época. EL PADRE se acerca a él y le abraza con una emoción contenida. ENCARNITA hace mutis por la izquierda.)

EL PADRE.- ¡Ah!, mi capitán querido... ¿Y tú también has de hablarme? ¿Qué querrá mi hijo de mí? ¿Viene a proponerme alguna operación de préstamo? ¿Doscientas pesetas al cuatro y medio por ciento, con garantía prendaria? ¿Osará, acaso, solicitar su anticipo de legítima?...

DON GABRIEL.- (Muy divertido, pero sin franquear su línea de respeto.) No, padre...

EL PADRE.- ¿Mi hijo primogénito, don Gabriel Ardanaz y Segura, viene a solicitar mi venia para irse a las Indias?...

DON GABRIEL.- Frío, frío, padre.

EL PADRE.- ¿Para tomar hábito?...

DON GABRIEL.- Hielo, hielo.

EL PADRE.- Pues, entonces, cuanto me diga constituirá para mí una verdadera sorpresa. Siéntese, pues, y hable mi hijo don Gabriel.

(DON GABRIEL, en efecto, se sienta. Su padre, también. En el instante de sentarse, advierte el periódico que DON GABRIEL lleva y se lo arrebatara con precipitación.)

¡Calla! (Lo abre con cierto nerviosismo.) ¿Qué dice de la Reina?...

DON GABRIEL.- Se aguarda, al parecer, de un momento a otro que dé a luz. La Época ya está anticuada, padre; porque, según lo que se cuenta por la calle, van muy adelantados los dolores del parto.

EL PADRE.- Y La Época, de todos modos, ¿qué dice? (Se cala sus quevedos y lee en la primera columna de la izquierda.) «Su Majestad la Reina Doña Cristina, en estado de buena esperanza desde el pasado mes de septiembre, alcanza ya el momento de lógica culminación de aquel. Por fortuna, los síntomas no pueden ser más favorables de lo que son, y todo hace prever un venturoso desenlace. La Época formula sus votos por que la Providencia asista a Su Majestad la Reina con sus altísimas y señaladas predilecciones». ¡Dios lo haga, hijo mío!

(Sigue leyendo.) «Los cañones de la Montaña del Príncipe Pío darán al pueblo madrileño la buena nueva. Una salva de quince disparos en caso de ser niña; una salva de veintiuno, en caso de ser varón...».

(Soñadoramente.) Veintiuno, si es varón...

(ENCARNITA ha aparecido unos segundos antes. Con el ceño fruncido da a entender que no está por entero de acuerdo con el ideal del autor de sus días. Ahora declara con graciosa decisión.)

ENCARNITA.- ¡Pues yo quiero que sea niña!

(DON GABRIEL y EL PADRE se ponen de pie, lívidos, como si les hubieran afrentado.)

EL PADRE.- ¡Encarnita!...

DON GABRIEL.- ¡Encarna!...

ENCARNITA.- Pues sí, pues sí, pues sí...

(Cruza la escena repitiéndolo como un estribillo, en juego, para hacer rabiar. Y se va por la derecha, no sin que DON GABRIEL inicie un conato de persecución.)

EL PADRE.- ¡Habrase visto!

ENCARNITA.- (Desde dentro.) Los hombres no servís para nada. Sois una calamidad. Además, os pasáis la vida en el café, estáis siempre fumando puros y no hay quien os soporte.

EL PADRE.- (Con voz tonante.) Encarnita: ¡si entro en esa habitación!...

DON GABRIEL.- (En un tono resuelto.) Déjela de mi cuenta, padre.

(Medio en broma, medio en verás, se lanza rápidamente por la puerta de la derecha.)

ENCARNITA.- Las mujeres queremos que sea reina; sí, sí: queremos que... ¡Ay!

(Se oye el ruido de una carrera precipitada, los gritos de ENCARNITA, la caída de algún pequeño mueble. EL PADRE permanece en escena impassible, como un juez que hubiera dictado sentencia y asistiera a su ejecución sin pestañear. En este momento, ENCARNITA parece haber sido atrapada por DON GABRIEL.)

¡Suéltame! ¡Eres un bárbaro! ¡No me pellizques!... ¡Ay, ay, ay!...

(Silencio.)

DON GABRIEL.- (Reaparece. Viene ajustándose el uniforme y un poco sofocado. Habla igual que si diera el parte.) Sin novedad, mi coronel.

EL PADRE.- (Con un cómico empaque.) El enemigo huyó al

producirse nuestro asalto, ¿no?

DON GABRIEL.- Sí; pero fue aprehendido en el sector que se comprende entre el aparador y el trincherero.

EL PADRE.- ¿El combate fue al arma blanca?

DON GABRIEL.- No se hizo necesario el uso de las armas.

(ENCARNITA cruza la escena de derecha a izquierda. Lleva el labio inferior avanzado, el gesto colérico. Con mano derecha va frotándose el brazo izquierdo, dolorido, al parecer, por los pescozones.)

ENCARNITA.- (Sin mirarle siquiera: tal es su desprecio a DON GABRIEL.) ¡Canalla!

(EL PADRE y DON GABRIEL se ponen de acuerdo con la mirada. Entonces DON GABRIEL va hacia ella y a traición le da un beso en la cabeza.)

DON GABRIEL.- ¡Armisticio!

ENCARNITA.- (Con insuperable desdén. Se vuelve a él y parece fulminarle con los ojos.) ¡Hombre habías de ser!

(Mutis por la izquierda. DON GABRIEL y EL PADRE se ríen alegremente. EL PADRE se dirige hacia la izquierda. Intenta, conciliador, no ya el armisticio, la paz.)

EL PADRE.- ¡Vamos, vamos, Encarnita!...

(La llama desde el umbral, sin encontrar respuesta.)

DON GABRIEL.- Padre...

EL PADRE.- ¡Chiquilla rebelde!... (Transición.) Dime, hijo, dime...

(Se dispone a escucharle, ahora seriamente, con una leve emoción contenida y una indudable ternura.)

DON GABRIEL.- Padre, yo no soy ya un niño...

EL PADRE.- Naciste el 5 de abril del 61, Gabriel. Estamos a 17 de mayo de 1886. Tienes, exactamente, veinticinco años, un mes y doce días... (Saca de su bolsillo un reloj de oro y dispara su sonería.

Se oyen sus tenues campanadas.) tres horas, doce minutos y catorce segundos... ¿Y sabes, dicho sea de paso, que este reloj ya es tuyo?

¿Que es mi regalo por tu ascenso, como lo fue por el mío en los tiempos de Maricastaña?

DON GABRIEL.- ¡Oh padre!..

EL PADRE.- No me avergüences dándome las gracias, y sigamos. ¡Eres

joven, hijo! La vida está ante ti como un árbol cuajado de fruta. Sacúdelo, con fuerza y el árbol te regalará toda su carga. Sea para ti su tesoro. Yo sólo le pido sombra.

DON GABRIEL.- Padre, no me gusta oírle cosas tristes.

EL PADRE.- ¡No, si me siento feliz! Hace años pasé una enfermedad grave. Mi dolor más grande era el de pensar que, si moría, nadie te podría hablar en esta hora como yo lo hago. (En otro tono. A medias, burlón; a medias, amistoso.) Caballerito, ¿se da cuenta de que es usted nada menos que todo un hombre, porque hasta ahora era solo un mozalbete casi sin responsabilidad, dueño de enamorarse y desenamorarse a placer, y que todo cambió, simplemente, porque ya tiene sus tres estrellas de capitán en la manga?

DON GABRIEL.- Sí, padre.

EL PADRE.- Pues bien, señor capitán. Está usted heredado de madre y dispone de una pequeña renta; gana además, casi ochocientos reales al mes, lo cual no es una fortuna, pero tampoco una miseria. Tiene usted un porvenir. ¿Por qué no piensa usted, señor capitán, en buscar una mujercita de su condición, buena y sana, y se casa con ella?

(DON GABRIEL no responde, pero se ríe con levedad, diríase que para sí mismo.)

Yo no digo que eso sea hoy, ni mañana; pero sí que no conviene dejar que los días transcurran...

(Unos momentos antes se ha oído un timbre. Ahora aparece ENCARNITA por la puerta de la izquierda.)

ENCARNITA.- ¡Papá, los Gallardo!...

EL PADRE.- ¡Vaya por Dios! En qué mal momento... Bien, bien... ¡Que pasen!

DON GABRIEL.- Padre, yo necesitaba decirle...

EL PADRE.- Déjalo hijo, después hablaremos.

(Avanza para recibirlos. DON MANUEL GALLARDO es un hombre de unos cuarenta y cinco años. Con él viene MARÍA LUISA. MARÍA LUISA frisa en los dieciocho. Ninguno más. Es bella. MARÍA LUISA entra primero, pero se detiene en el umbral. DON GABRIEL queda en segundo término, cercano a la escribanía. EL PADRE saluda a MARÍA LUISA casi sin ceremonia, como a una chiquilla.)

¿Qué cuenta la fea de la casa?

MARÍA LUISA.- (Tímidamente.) Buenas tardes, don Gabriel.

GALLARDO.- Buenas tardes a los dos, padre e hijo.

ENCARNITA.- (Que ha salido con ellos y cruza de un extremo a otro.) Y a la hija que la parta un rayo.

EL PADRE.- (Severo.) ¡Encarnita!...

ENCARNITA.- (Desde la puerta de la derecha. Más sumisa.) ¿Qué?

GALLARDO.- ¡Ah!, tiene razón Encarnita. No la riña, don Gabriel.  
Buenas tardes, Encarnita.  
ENCARNITA.- Sí, a buena hora.

(Y hace mutis sin esperar a nada.)

EL PADRE.- ¡Niña mal criada!...

(Parece que va a intentar castigarla.)

MARÍA LUISA.- ¡Oh!, don Gabriel, déjela... ¡Encarnita,  
Encarnita!...

(Se marcha detrás de ella.)

EL PADRE.- (A GALLARDO.) ¿Qué hay, amigo? ¿Algo nuevo?

(Se lo pregunta con una curiosidad casi nerviosa.)

GALLARDO.- Nada; las calles están llenas de gente. Por aquí, de modo especial, resulta difícil dar un solo paso.

EL PADRE.- Es lógico... Usted mismo, ¿se encuentra tranquilo? A todos nos va algo, y muy importante, en cuanto se espera.

GALLARDO.- ¿Veo mal o el tenientillo que dejé el viernes pasado se me ha convertido en capitán?

DON GABRIEL.- Ve usted perfectamente, señor Gallardo.

EL PADRE.- De capitán le tiene desde ayer.

GALLARDO.- Mi capitán, enhorabuena.

DON GABRIEL.- Muchas gracias, señor.

(Y tras una breve vacilación, se va por la derecha.)

GALLARDO.- Mi querido amigo: estoy en deuda con usted. Si me permite, voy a saldarla.

EL PADRE.- ¿Le digo la verdad? Lo esperaba. Me contaron que había ganado usted en el bacará del Casino.

GALLARDO.- Sí, así fue. (Con una animación un poco enfermiza.)

¡Qué baraja se me dio, don Gabriel! Una verdadera borrachera. Seis pases, ¿sabe? Pero mala suerte... Ya, muy al final, cuando se habían ido los hermanos Menéndez, Jacobo, Ricardo Azcona..., todos.

Emiliano fue el que pagó el pato. Diez minutos antes, me forro.

Porque no me cubrieron más que los dos o tres primeros pases. Fíjese que salí de mil reales. Uno que hacen dos, dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho... Hasta ahí, muy bien. Pero a partir de ahí la cosa comenzó a aflojar... Y luego, la cagnotte que es terrible...

EL PADRE.- (Le ha examinado detenidamente mientras hablaba.)  
Escúcheme, Gallardo. ¿Por qué sigue jugando?  
GALLARDO.- No, si ahora no juego nunca... Voy, si acaso, un ratito al Casino. Y con un billete en la cartera. Nada más. Si sopla, bien. Y si no, me marchó. ¿Comprende?  
EL PADRE.- Comprendo demasiado. Y hay cosas peores todavía. Me han dicho que está usted enseñando a jugar a su sobrino Andrés.  
GALLARDO.- Y le aconsejo a usted una cosa: que me deje que haga lo mismo con su hijo Gabriel.  
EL PADRE.- ¡Amigo Gallardo!... Hasta ahí podíamos llegar...  
GALLARDO.- Créame. Que nos guste o que no nos guste, ellos van a jugar. Pues ¡cuánto mejor es que vayan enseñados que sin enseñar! No le han engañado. Yo tallo todas las noches cuatro mil alubias en casa, a dos paños. Al chiquitín, el hermanillo de Andrés, Joseíto, que tiene cinco años recién cumplidos, es una delicia oírle decir: «Carta. No. Nueve. Banco». ¡Ah, banco, banco!... ¿Dónde hay una palabra más bella que esa?... ¡Por cierto que Andrés tiene un corazón!... ¡Cómo aguanta el chiquillo!... (Ponderativo hasta el estupor.) Se tiró el quinto pase la otra noche con mil doscientas alubias. ¡Y abatió a ocho! No había manera de hacerlo acostar. Estuvimos jugando casi cinco horas.  
EL PADRE.- ¡Y eso le divierte!...  
GALLARDO.- Mire usted, don Gabriel: el mayor placer de este mundo es jugar y perder.  
EL PADRE.- Hombre, dirá usted jugar y ganar.  
GALLARDO.- Bueno, es que ese ya no es de este mundo.  
EL PADRE.- En efecto, no es de este mundo ganar en el juego.  
GALLARDO.- En fin, ¿no fueron seis mil reales los que me dejó el mes pasado cierta mañana?  
EL PADRE.- En efecto.  
GALLARDO.- Pues aquí están, como seis mil soles.

(Le entrega a EL PADRE un sobre, que este guarda.)

EL PADRE.- Gallardo, excúseme si me permito cierta libertad. Yo sé que usted va a seguir jugando... (Ante un gesto de GALLARDO.) Lo sé, amigo mío. Le deseo suerte. Pero si no la tiene, prudencia, Gallardo, prudencia.  
GALLARDO.- Ya sé por dónde va usted, don Gabriel. Usted teme que yo pueda malbaratar la fortuna que los padres de María Luisa le dejaron al morir.  
EL PADRE.- De quien le ha dado trato de hija no es lógico temer un desafuero semejante.  
GALLARDO.- Bien puede usted estar tranquilo, don Gabriel. Mire usted: yo tengo cincuenta y dos años y soy soltero. Cuando uno llega a esa edad en mi estado, siempre tiene que justificarse. «¿Por qué se ha quedado usted soltero?». Esa es la pregunta de cada día. A veces resulta un poco fastidiosa. Porque es que se lo preguntan a uno como diciéndole: «Pero, hombre, si usted parece que servía para

casado, ¿por qué no se casó usted?». Pues la culpa de todo la tiene, de un lado, María Luisa; del otro, Andrés y Joseíto, mis sobrinos. Ellos han creado en torno mío una simulación de paternidad. Mal asunto, don Gabriel; porque si en todo las imitaciones son detestable cosa, en esto aun son más graves. Bien haya del que se siente padre de sus hijos. Mala suerte le espera al que se siente padre de los hijos de los demás. Esté usted tranquilo, don Gabriel. No hay Banco mejor para la custodia de los bienes de María Luisa que mi firma.

(Unos momentos antes la DONCELLA ha pasado de la lateral izquierda a la derecha. No va excesivamente uniformada, pero sí muy discretamente vestida. Ahora, al concluir GALLARDO, sale acompañada de ENCARNITA.)

DONCELLA.- ¿Y qué le digo?

ENCARNITA.- (Con zozobra, mientras oculta un papel entre las manos.) Cállese, que se van a dar cuenta.

DONCELLA.- Está de plantón, en la esquina, el chico, desde hace más de media hora.

ENCARNITA.- ¿Es Andrés? ¿Seguro?

DONCELLA.- ¡Pues claro!, el sobrino del señor Gallardo. ¿O es que no voy a conocerlo?

ENCARNITA.- ¿Y qué te ha dicho?

DONCELLA.- Que tiene unos bombones y te los quiere dar.

ENCARNITA.- (Muy contenta.) ¡Eso es que ha ganado al tute!

DONCELLA.- Bueno, ¿qué le contesto?

ENCARNITA.- ¡Huy! Jesús, ¡ayúdeme!

DONCELLA.- Sí; pero si se entera el señor, me va a echar una bronca.

ENCARNITA.- Dile que vaya a misa de once, mañana. Que si está enamorado de mí, que se salte el Instituto.

DONCELLA.- Ese se salta el Instituto fácilmente, me parece.

ENCARNITA.- Oye..., dale esto. (Le entrega un sobre en múltiples dobleces.) Dile también que, si puedo, voy a asomarme.

DONCELLA.- ¡Dios, qué líos!...

(Y hace mutis por la izquierda. ENCARNITA mira a EL PADRE y a GALLARDO. Como se hallan de espaldas a ella, se atreve a abrir la ventana. ANDRÉS debe de quedar bastante próximo de su mirada, porque ENCARNITA pone un gesto de asombro y de temor. A seguida, con la mano le ahuyenta. EL PADRE le sorprende en este juego.)

EL PADRE.- ¿Pasa algo, chiquilla? ¿Hay alguna noticia nueva?

ENCARNITA.- No, no, papá. Miraba la calle...

EL PADRE.- Pues cierra, cierra...

(ENCARNITA cierra la ventana con cierta morosidad, sin entusiasmo. Después hace mutis por la lateral izquierda.)

EL PADRE.- (A GALLARDO.) Solo con oír, Gallardo, descanso de toda preocupación para siempre.

GALLARDO.- Pero cálese ahora, que ella viene hacia aquí.

(MARÍA LUISA y DON GABRIEL aparecen, en efecto, en la puerta de la derecha. Se detienen en su umbral. Miran los dos a EL PADRE y a GALLARDO y un momento parece como si fueran a decirles algo. Hay un silencio de breves segundos tan solo, pero un tanto embarazoso.)

EL PADRE.- ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

(DON GABRIEL se decide. Va, sin duda, a hablar; pero con el miedo de que lo haga, MARÍA LUISA se adelanta.)

MARÍA LUISA.- Nada, nada. ¿Qué ha de pasar?

GALLARDO.- Parecía que...

MARÍA LUISA.- Nada, nada...

EL PADRE.- ¿Iría bien al señor Gallardo una copita?

GALLARDO.- Supongo que tan bien como al señor Ardanaz y de la Torre.

EL PADRE.- Pues, andando; venga conmigo.

GALLARDO.- A sus órdenes.

(Hacen los dos mutis por la lateral derecha.)

DON GABRIEL.- (A MARÍA LUISA. Reprochador.) ¿Y por qué me impediste...?

MARÍA LUISA.- No sé... Me subió un sofoco a la cara...

DON GABRIEL.- ¡Qué niña eres!...

(DON GABRIEL lleva en la mano un cuadernillo de hule.)

MARÍA LUISA.- ¿Vas a castigarme?...

DON GABRIEL.- ¿Yo? ¿De qué manera podría hacerlo sin sufrir yo mismo?...

MARÍA LUISA.- No leyéndome tu Diario.

DON GABRIEL.- Mira... Es una buena idea.

MARÍA LUISA.- (Con una aflicción ingenua.) ¡No me castigues!...

DON GABRIEL.- (Conmovido.) ¡María Luisa!...

MARÍA LUISA.- Anda, léeme lo del día en que lo empezaste...

DON GABRIEL.- Fue el día en que me declaré a ti: seis de marzo...

MARÍA LUISA.- ¿Cómo lo cuentas eso en el Diario? (Le coge el cuaderno.) Déjamelo...



(DON GABRIEL se lo deja arrebatar sin resistencia. MARÍA LUISA se instala con él, en actitud de leerlo. DON GABRIEL se sienta a su lado.)

MARÍA LUISA.- (Lee.) «6 de marzo de 1885. Hoy empiezo este Diario, que acabará cuando yo acabe, porque es el primer día en el que tengo algo que librar del olvido. Vengo de confesar a María Luisa que la quiero. Testigos fueron dos rosas que ella llevaba en la mano, el guarda jurado de la Plaza de Oriente y el lucero de la tarde...». (Ruborosamente.) Gabriel, ¿escribiste también... antes de ayer?

DON GABRIEL.- Sí.

MARÍA LUISA.- (Lee en el reverso de una pequeña medallita que lleva en la pulsera.) ¿El 15 de mayo de 1886?...

DON GABRIEL.- Pues... sí.

MARÍA LUISA.- ¿Puedo verlo, Gabriel?

DON GABRIEL.- Léelo, si gustas. Ese día escribí muy poco. Solo dos líneas...

MARÍA LUISA.- (Maliciosa.) ¿Las busco?...

DON GABRIEL.- Bien.

MARÍA LUISA.- (Lee.) «15 de mayo de 1886. Otra vez la Plaza de Oriente. ¡Oh, tarde!, ¡oh, tarde!,... El beso es el final de una conversación a la que ya faltan palabras y el comienzo de otra que no las necesita...». Gabriel...

DON GABRIEL.- Dime...

MARÍA LUISA.- Yo tal vez hubiera escrito algo diferente.

DON GABRIEL.- ¿Qué?

MARÍA LUISA.- El beso es la única cosa que primero se roba y luego se da.

DON GABRIEL.- ¡María Luisa!...

MARÍA LUISA.- Y esos versos, ¿son tuyos?

DON GABRIEL.- No, no son míos; los recorté, porque entendí que iban bien con mi Diario.

MARÍA LUISA.- ¿Me dejas leerlos?...

DON GABRIEL.- ¡Claro!, ¿por qué no?

MARÍA LUISA.- (Lee.) «Cuando tu enfado pase, comprenderás, Elvira...». ¿Quién es esta Elvira?

DON GABRIEL.- Sin duda, la musa del poeta...

MARÍA LUISA.- «Cuando tu enfado pase, comprenderás, Elvira, que no tienes motivos para reñir por eso. / ¿Con qué derecho dices que mi amor es mentira, / si solo soy culpable de haberte dado un beso? »Piénsalo bien, querida; piénsalo y, en conciencia, comprenderás al punto que te has portado mal. / Por una simple falta, me impone tu sentencia las más duras condenas del Código penal.

»¿Que besar es delito? Pues yo, todo contrito, / reconozco mi falta y espero tu perdón. / La experiencia me enseña que para ese delito / no negáis las mujeres nunca la absolución.

»Tú, claro, como todas, protestas, te incomodas. / Y yo ese enojo

tuyo lo encuentro natural. / Pero en el fondo, nena, te pasa como a todas; / porque aquel besó..., vamos, que no te supo mal.  
»Y si está bien que dure dos minutos tu enfado, / regañar para siempre ya no está nada bien. / ¿Que yo he sido culpable? Nunca te lo he negado. / Pero tú, ¡qué, caramba!, tú lo has sido también.  
»\*Tú pusiste el encanto de tus ojos suaves, / más claros y serenos que los del madrigal, / y la gracia exquisita de tus formas ingraues, de tu cuello de nieve, de tu voz musical.  
»Y yo, al verme en el borde de un abismo sin fondo, / para no despeñarme, te cogí, y así fue. / De que tuve intención, de besarte, respondo. / ¿Pero llegué a besarte? Eso ya no lo sé.\*  
»Modera, pues, con calma tus injustos desvíos; / dale al César lo suyo y a Dios lo que es de Dios, / y no hagas responsables solo a los labios míos / de lo que cometieron los labios de los dos.  
»Ya ves que no hay motivos para reñir por eso. / Mas como en tus enfados de todo eres capaz, / si a pesar de que, humilde, mi pecado confieso, / te sigue disgustando que te haya dado un beso, / mira: me lo devuelves, ¡y quedamos en paz!...».

DON GABRIEL.- ¿Te gustan?

MARÍA LUISA.- Escúchame: he de decirte varias cosas muy serias. La primera es que estaré siempre a tu lado. Inclusive si me muero, y el corazón me dice que viviré menos que tú, ya me las arreglaré para estar contigo. La segunda es que en cualquier momento, viva o muerta, me consideraré con autoridad para leer tu Diario, te guste o no te guste. Ándate, pues, con cuidado, de lo que escribes en él; porque a lo mejor te pesco en infidelidades o en ingratitudes terribles.

DON GABRIEL.- Bien. Y de quererme, ¿qué?

MARÍA LUISA.- Con todo mi corazón... y siempre.

(En este instante aparecen por la lateral derecha EL PADRE y GALLARDO. DON GABRIEL se pone de pie. MARÍA LUISA no los ha visto entrar. Al oír a DON GABRIEL las primeras palabras que este pronuncia, baja la cabeza, avergonzadísima, como si deseara desaparecer.)

DON GABRIEL.- Papá... Señor Gallardo... Yo quiero a María Luisa.

EL PADRE.- ¡Demontre!

DON GABRIEL.- ¡María Luisa me quiere a mí!

GALLARDO.- ¡Bueno va!

DON GABRIEL.- Los dos nos queremos...

EL PADRE.- ¡Brillante resumen!...

DON GABRIEL.- Y...

(MARÍA LUISA, nerviosa, abandona el sofá y refugia en los visillos del mirador su confusión tremenda.)

¡Oh!, no, María Luisa; ven a mí... (La toma del brazo y la encara con EL PADRE y con GALLARDO.) Yo pido la bendición de ustedes para

nuestra boda.

(Todo ha sucedido en breves segundos. EL PADRE apenas si ha salido del susto. Ahora deriva por lo cómico su sorpresa.)

EL PADRE.- (Con burlona solemnidad.) El Consejo de Ancianos va a deliberar.

(Coge a GALLARDO y lo lleva a un ángulo de la escena. Allí simulan, con grandes aspavientos, una breve discusión.)

GALLARDO.- (En el mismo tono enfático de EL PADRE.) ¿Y usted qué opina, señor mío?

EL PADRE.- ¡Ah! ¿Y usted qué opina, señor Gallardo?...

GALLARDO.- ¡Ah!

EL PADRE.- ¿Como yo, entonces?...

GALLARDO.- Como usted. (Se dirigen a los dos novios.) Hable usted, pues. (A EL PADRE.)

EL PADRE.- Claro, claro. En el Consejo de Ancianos, el más joven habla siempre el primero.

GALLARDO.- ¡Jesús! ¡Qué cosas hay que oír!

EL PADRE.- (En tono de discurso.) El Consejo de Ancianos ha deliberado sobre la petición que le ha sido formulada por don Gabriel Ardanaz y Segura y la señorita María Luisa Villamil Rosado.

(En este momento empiezan a oírse unos cañonazos.)

GALLARDO.- (Como si continuara la lectura del acta.) Don Manuel Gallardo y Roca, de treinta y cinco años recién cumplidos (Grandes protestas de EL PADRE.), hizo uso de la palabra para informar en un sentido favorable, puesto que no tenía nada que objetar en contra de don Gabriel Ardanaz y Segura.

EL PADRE.- A continuación, don Gabriel Ardanaz y de la Torre, cuya juventud, dicho sea de pasó, tanta envidia y asombro causan al señor Gallardo, pronunció un elogio de la señorita María Luisa Villamil, de la que dijo que la encontraba admirable de todo punto y que le parecía la perfección misma. En consecuencia...

(ENCARNITA aparece por la lateral izquierda. Viene demudada.)

ENCARNITA.- ¡Ocho!

(Han sonado, en efecto, ocho cañonazos. Todos se interrumpen. Al principio, no saben ni a qué se refiere ENCARNITA. Pero el noveno cañonazo les saca de dudas. ENCARNITA va a la ventana y la abre de

par en par.)

TODOS.- ¡Nueve!... ¡Diez!...

(La DONCELLA aparece por la lateral izquierda.)

DONCELLA.- Once, señorita...

TODOS.- Pchs... Doce... Trece...

(Por la derecha surge la COCINERA. Trae el delantal puesto y viene frotándose las manos con él.)

COCINERA.- ¡Catorce, señor!...

TODOS.- ¡Quince!...

(Hay un instante de angustia. Se oye el cañonazo decimosexto.

ENCARNITA se echa a llorar desconsoladamente en la contraventana.)

EL PADRE.- (Eleva la voz, a la que el júbilo diríase que va a quebrarla, sobre el ruido de los cañonazos, que siguen sonando hasta veintiuno, de los vítores de la calle, de los gritos jubilosos de los demás...) El Consejo de Ancianos, en consecuencia... acordó acceder a la boda de la señorita Villamil y del señor Ardanaz y Segura, en Madrid, a diecisiete de mayo de 1886, ¡¡día del nacimiento del Rey!!...

TELÓN

Acto II

Cuadro I

Un telón oscuro, abierto para permitir la entrada y salida de los personajes, delante del cual hay otro, en un tono gris, abierto

igualmente, a cada metro, de arriba abajo, como si fuera el fleco de un telón más alto. A través de estos flecos, los personajes evolucionarán en la forma que la acción indique. Comienza a oírse el tictac del reloj. Voces de vendedores de periódicos, dentro: «¡La Corres! ¡Sagasta, encargado de formar Gobierno! ¡La Corres!...». Por la lateral derecha sale una DONCELLA. Va vestida a la usanza de 1890. Dentro, unos instantes antes, se han oído los compases del «Caballero de Gracia» de La Gran Vía. La DONCELLA empuja un carricoche de niño. Por la lateral izquierda salen dos elegantes damitas de 1890.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.- (A la MUCHACHA 2.<sup>a</sup> en el instante de cruzarse con la DONCELLA.) Mujer, mira qué monada de chiquillo.

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>.- Es verdad. ¡Qué cielo de criatura!

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.- Debe de ser de ese matrimonio que vive en el tres, que él es militar, ¿no?

DONCELLA.- Sí, señorita.

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>.- ¡Ah!, sí... Los Aranaz, o algo así, ¿no?

DONCELLA.- Ardanaz, Ardanaz. Don Gabriel Ardanaz.

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>.- Sí, ya sé quiénes son. Él, con una barba castaña. Y ella, morena, muy guapa.

DONCELLA.- Sí, justo.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.- (Le hace carantoñas al pequeño.)

¡Pss!...¡Pss!... ¿Cuál es su nombre?

DONCELLA.- Santiago se llama. Vamos, Santiago, habla a estas señoritas...

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.- ¿Qué tiempo tiene?

DONCELLA.- ¡Un añito menos que el Rey! (Se acerca a él y finge escuchar.) ¿Cómo?... Bueno. ¿Saben lo que ha dicho después de mirarlas? ¡Quién fuera joven ya!

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.- ¡Ah!, ¿sí? Pues contéstele que quién pudiera serlo cuando lo sea él.

DONCELLA.- Se le dirá. Buenos días, señoritas.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>.- Buenos días.

(Sigue su camino y desaparece por la lateral izquierda. Las luces se apagan. Suena un golpe de gong. Y se encienden de nuevo. Ahora, en el escenario, se ve a JULIÁN y a la SEÑÁ RITA, con la misma caracterización de la época del estreno de La verbena de la Paloma. Dentro, en discos, se oye la escena de «Ya estás frente a la casa. Y ahora, ¿qué vas a hacer?». Los actores accionan como si ellos fueran quienes cantaran. El disco se oye distintamente hasta aquello de «Pues, ea, ya me callo. Y escucha, que hablo yo». El resto -«Si el cariño a la Susana se te acabó ya...»- se percibe muy difusamente. Entre tanto, un foco de luz ha ido a buscar y encender uno de los palcos. En él, dos señoras de cierta edad cuchichean.)

SEÑORA 1.<sup>a</sup>.- La estrenaron hace tres días. No olvides la fecha: 17 de febrero de 1894; porque se me antoja que esta es una obra que va

a hacer época.

SEÑORA 2.<sup>a</sup>- ¿Él quién es?

SEÑORA 1.<sup>a</sup>- Mujer, ¿quién ha de ser? Mesejo.

SEÑORA 2.<sup>a</sup>- ¿Y ella?

SEÑORA 1.<sup>a</sup>- Espera, voy a ver. (Consulta el programa.) No veo bien. Leocadia... Aliaga, me parece que dice. Aguarda... No, no.

Leocadia Alba; eso es. Leocadia Alba.

(Un «¡Psch!...» muy prolongado del patio de butacas les impone silencio. La escena y la música se apagan poco a poco. Nuevo golpe de gong. Tictac de reloj. Los faroles, encendidos. Se oye, espaciadamente, doblar una campana grave y funeral. Voces de vendedores de periódicos, dentro: «¡La Escuadra en Cavite! ¡La Escuadra en Cavite!...». Mezclada con estos pregones, pianísimo, y a ser posible en ralentí, suena la «Marcha de Cádiz». Un toque de clarín impone silencio. Las luces se apagan otra vez. Se encienden en seguida. Ahora sale por la derecha GALLARDO, de levita y chistera, acompañado de MARÍA LUISA. MARÍA LUISA lleva el más lujoso de los trajes de calle que se han lucido en 1906. Dentro se oyen los acordes de la marcha nupcial de Lohengrin.)

MARÍA LUISA.- Y esa Encarna, que no baja...

GALLARDO.- No seas niña, María Luisa. ¡Si llegamos a tiempo! La boda es mucho más tarde. Y como tenemos tribuna... (Mientras se busca algo en los bolsillos, al parecer sin éxito.) ¡Ay, ay, ay!

... ¿Tenemos o teníamos?

MARÍA LUISA.- ¿Te habrás dejado arriba las invitaciones?...

GALLARDO.- No, mujer. Ya aparecerán. Míralas, aquí están... Y total, solo hay que ir hasta la Puerta del Sol.

MARÍA LUISA.- El Rey, ¿a qué hora sale de Palacio?

GALLARDO.- ¡Puf! Aún tardará más de una hora. Y la Reina, pues imagínate... Y los Jerónimos están donde Cristo dio las tres voces.

Oye, ¿por dónde cubre la carrera Gabriel?

MARÍA LUISA.- Muy cerca de los Jerónimos. Pero le veremos desfilar a la vuelta.

GALLARDO.- ¿Y el heroico alférez don Santiago Ardanaz y Villamil? (Formula esta nueva pregunta en un tono de divertida grandilocuencia.)

MARÍA LUISA.- Ese lo tendremos por frente de nosotros. En la Puerta del Sol también.

GALLARDO.- Vas a mirar a tu hijo más que a los Reyes.

MARÍA LUISA.- No te diría que no. (Hacia dentro.) Bueno, ya llegó tu sobrino. ¡Andrés! ¡Vamos, Andrés!...

ANDRÉS.- (Desde dentro.) ¡Hale, María Luisa!, cuando queráis...

MARÍA LUISA.- ¿Y Encarna, tu mujer?

ANDRÉS.- (Desde dentro también.) Ya baja.

MARÍA LUISA.- Pues venga, no perdamos tiempo. ¡Que no todos los días se ve la boda de un rey!

(Y hacen mutis. El mismo juego de luces, de gong y de tictac. Ahora, a la moda de 1908, surgen las muchachas 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>. No llevan abrigo.)

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Fíjate, fíjate... Ese es el padre de Santiago Ardanaz.

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- ¿Quién? ¿Ese militar?

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Sí; es teniente coronel de Caballería.

(DON GABRIEL ARDANAZ llega por la derecha. Va de uniforme de coronel de Caballería, del año 1908. Se cruza con las dos muchachas.)

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Buenos días, don Gabriel.

DON GABRIEL.- Buenos días, Adrianita. ¿Qué tal tus padres?

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Muy bien, gracias.

DON GABRIEL.- Salúdalos en mi nombre.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Muchos saludos también a doña María Luisa y... (Un poco azorada.) a Santiago...

DON GABRIEL.- Se los daré de tu parte. Adiós.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Adiós.

(DON GABRIEL hace mutis.)

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- ¡Qué atrevida eres! Le has dado recuerdos para Santiago...

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- ¿Crees queme habrá notado algo?...

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- No, eso no. ¡Ay!, Adrianita: Santiago te gusta con exceso...

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- ¡Bah! Para lo que me sirve...

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- Pchs... ¡Mírale!...

bien (Por una lateral surge SANTIAGO ARDANAZ Y VILLAMIL. SANTIAGO es

plantado, y él lo sabe. En la medida en que es posible caracolear a pie, caracolea. Trae un flamante uniforme de teniente de Húsares, del mismo regimiento que su padre. Advierte que es mirado, y se atusa con una vanidad simpática. Después esboza, a distancia, y sin acortarla, un saludo cortés. La MUCHACHA 1.<sup>a</sup> le mira embozadamente. Se la siente enrojecer. SANTIAGO, sin embargo, espera a alguien. Ese alguien sale en seguida. Se trata de SOLEDAD. SOLEDAD es una bella y arrogante mujer. Un mucho del bajo pueblo se da en ella. Lleva mantón negro, de flecos. Al encontrarse SOLEDAD y SANTIAGO se miran con arrobos. Dentro se oyen, en este momento, los compases de Las alegres chicas de Berlín.)

SOLEDAD.- (La coge del brazo.) ¡Qué guapo está mi capitán!

SANTIAGO.- Teniente, Soledad; no me asciendas tan pronto.  
SOLEDAD.- Es lo mismo. ¡Qué guapo está mi teniente!  
SANTIAGO.- A sus órdenes siempre.  
SOLEDAD.- ¿Te he hecho esperar, mi vida? Ensayaba el número nuevo del Trianón. ¿Irás a verme?  
SANTIAGO.- A condición que sea el de tu despedida.  
SOLEDAD.- Lo que tú mandes, mi rey.

(Inician la marcha en dirección de las dos muchachas. Estas, al verlos ir hacia ellas, se filtran entre las bandas del telón.  
ADRIANA, cariacontecida.)

SANTIAGO.- Entonces, ¿es qué me quieres?  
SOLEDAD.- Te quiero, Santiago.

(Se han detenido frente el uno del otro. Un nimbo de amor parece circundarlos. Las luces se van oscureciendo poco a poco.)

SANTIAGO.- Dímelo otra vez, Soledad.  
SOLEDAD.- Te quiero...  
SANTIAGO.- Más veces.  
SOLEDAD.- (Cada vez con más hondura. Y en voz más baja.) Te quiero, te quiero, te quiero...

(Se besan mientras hacen mutis.)

TELÓN

## Cuadro II

La escena es la misma del primer acto. En el testero de la izquierda, un teléfono de la época. Al levantarse el telón, está en escena DON GABRIEL ARDANAZ Y SEGURA. Viste de uniforme de coronel de

Caballería del año 1908. Es un hombre entonces de casi cincuenta años. En el principio, mientras no sea momento, su figura permanecerá casi en sombra. Una luz iluminará exclusivamente su



rostro. Está sentado junto a la escribanía, en la izquierda. Tiene entre sus manos uno de sus cuadernos de hule. Lee con nostalgia. Las cortinillas que separan la sala del mirador aparecen corridas. Es un día de julio de 1908.

DON GABRIEL.- Hoy he tomado el mando como coronel del Regimiento de Húsares de Pavía. Los sables brillaban cegadoramente con el sol de julio. Pero los colores del estandarte, ¡Dios mío!, tenían más luz que los sables. Mientras, al paso de mi caballo, recorría los escuadrones del Regimiento, «¡cómo pasan los años, Señor!», me decía a mí mismo... Ya el capitán de 1886 es coronel hoy. ¡Cuántas cosas se han ido de mí en ese transcurso de tiempo! Mi padre murió. Ahora sí, de María Luisa y de mí nació un hijo: Santiago; nombre a la jineta que encaja muy bien en el hogar de un coronel de Caballería. Encarnita, que tiene siempre alerta su espíritu de contradicción, promete llamar al primero de sus hijos que sea niño, Cristóbal, que es, de todos los santos que conoce, del que más le consta que andaba a pie. Hoy, 6 de julio de 1908, nos hemos reunido para celebrar el ascenso de Santiago a capitán... y el mío a coronel. Hemos almorzado en el comedor de nuestra tan querida casa de la Plaza de Oriente . Los comensales han sido los siguientes: Primero, María Luisa.

(MARÍA LUISA aparece por la lateral derecha. Viene vestida a la moda de 1908. No se sabe qué destaca más en ella, si la elegancia o el recato. MARÍA LUISA, claro está, ya no es la jovencita casi adolescente del primer acto. Para ella han pasado veintitrés años. Pero convengamos que con no excesivo rigor, porque es mujer, y cuidadosa de sí misma... Y además -razón esta de nuestra indulgencia-, la primera actriz. MARÍA LUISA -hay un grande y ancho río de plata en sus cabellos, tan negros antaño- permanece en silencio mientras DON GABRIEL habla de ella, destacada sobre la escena, en oscuridad completa, por la luz de un foco proyectado sobre su figura.)

¡Qué hermosa es mi mujer! Algunas veces me pide permiso para leer mi Diario. Otras, me lo lee sin pedírmelo. ¡Qué regalo es su amor para mi vida!...

(MARÍA LUISA hace mutis por las cortinillas del mirador.)

Estaba, naturalmente, Encarnita. ¡Cómo lloraba Encarnita aquel 17 de mayo porque era rey el que nacía y no mujer!...

(Aparece ENCARNITA en la lateral derecha, realzada, igual que MARÍA LUISA por la luz del reflector. Es ahora una mujer joven todavía y atractiva. Es, en suma, la misma actriz, naturalmente, de las escenas iniciales del primer acto; pero que así como en aquel representa una mujer de cincuenta y pocos años, aquí, veintiuno antes, es, en consecuencia, una mujer de unos treinta y dos o treinta y tres, con su intacta fragancia juvenil.)

¡Y cómo cambió en la mujer arrogante de hoy el arrapiezo enredador de entonces!...

(ENCARNA se sumerge, como MARÍA LUISA, en el mirador.)

Estaba, naturalmente, Gallardo. ¡Pobre don Manuel!...

(Aparece DON MANUEL GALLARDO, con la misma técnica de los personajes anteriores.)

Yo sé bien quién amarga sus días...

(GALLARDO hace mutis por el mirador.)

Es Andrés, sobrino suyo, y, por desgracia, marido de Encarna y cuñado mío...

(Ha aparecido ANDRÉS. Treinta y tantos años muy corridos. Elegantísimo. Enciende un cigarrillo y se queda pensativo, sin avanzar apenas, en el umbral de la puerta de la derecha.)

¡Ay, Andrés, Andrés, dotado, como nadie, para ser un hombre cabal... y a dos pasos de la catástrofe siempre!...

(ANDRÉS estrelló su cigarrillo, recién empezado, en el cenicero. Va entonces a reunirse con las otras figuras.)

Frente por frente de mí estuvo mi hijo, el capitán don Santiago Ardanaz y Villamil.

(Surge el capitán ARDANAZ por la lateral de la derecha. Viene vestido de uniforme de capitán de Caballería, con arreglo a los patrones del año 1908.)

Yo no sé si habrá en el mundo placeres mayores que este de tener un hijo de capitán en el regimiento del que se es coronel.

(Transición.) ¿Éramos, por tanto, seis? No, no; éramos nueve: tres más.

(Se presentan tres niñas pequeñas cogidas de la mano, por la lateral derecha. Ya SANTIAGO ha ido a reunirse con los otros personajes tras las cortinas y se ha puesto de pie, a espaldas de MARÍA LUISA. Entre él y ANDRÉS habrá hueco para otra persona. Una de las tres niñas usa coleta doble y gafas. Ella lleva prendidas a sí las otras pequeñas.)

Las tres hijitas de Encarna y Andrés, por su orden. La primera, Encarna también, igual que su madre; la segunda, Rosaura; la tercera, Francisca Ignacia.

(Cada una hace una ceremoniosa reverencia.)

Las tres han comido muy seriecitas en la mesa de las personas mayores... Después han ido a ocupar su sitio en el grupo de familia que un fotógrafo de la calle de la Bola se disponía a retratar...

(La luz va inundando la escena entera. Ahora, al descorrerse las cortinas, se ve la familia Ardanaz dispuesta a ser eternizada por el objetivo. Las tres niñas se han ido a sentar en el suelo, a los pies de MARÍA LUISA, GALLARDO y ENCARNA. Queda un sitio vacío entre ANDRÉS y SANTIAGO. Es el que se destina a DON GABRIEL ARDANAZ.

Los

personajes restantes hablan entre sí, aunque sin relieve. DON GABRIEL ha abandonado pausadamente su cuaderno de hule en la escribanía, y ahora se acerca poco a poco al grupo, como si deseara retocar algún detalle de su colocación. Mientras él, en diagonal, avanza hacia el fondo, sale de detrás de las cortinas y enfocada al mirador una cámara apoyada en su trípode. El FOTÓGRAFO, bajo el paño negro, es el que la arrastra. Durante un cierto tiempo, no se le ve la cabeza.)

MARÍA LUISA.- Ven, Gabriel, que te esperamos...

DON GABRIEL.- Un momento, calma. A ver, Encarnita, ese gesto... Más sonriente, mujer.

ENCARNITA.- Para sonrisas estoy.

DON GABRIEL.- (A SANTIAGO.) Aire marcial, capitán Ardanaz. (Con el tono de una orden.) «¡En su lugarrrrr... anso!».

(El capitán ARDANAZ marca los tiempos reglamentariamente y queda, al fin, «en su lugar descanso».)

Perfecto. Tú, que eres civil, Andrés, adopta una actitud más suelta, más natural... Pon las manos a tu mujer en los hombros.

ENCARNITA.- (Con una cólera trivial.) ¡Quita las manos de ahí, o...!

ANDRÉS.- Mi coronel, ¡no me deja!...

DON GABRIEL.- Algo habrás hecho que lo motive... A ver, señor Gallardo, esa expresión...

(El señor GALLARDO pone una expresión muy cómica. Todos se ríen al verla.)

¡Bravo, bravo! ¡Muy bien!...

(ANDRÉS saca un estuche del bolsillo, y de él, un collar. Con él empieza a hacer cosquillas a ENCARNA, que al principio, sin saber de qué se trata, le rechaza.)

ANDRÉS.- Señora mía: hace usted mal en no mirar... Mire; es un consejo que le doy.

MARÍA LUISA.- (Que mira, ya que ENCARNA no.) ¡Jesús, qué collar tan bonito!...

(Entonces ENCARNA se vuelve hacia ANDRÉS con gran curiosidad.)

ENCARNA.- ¡Huy!...

ANDRÉS.- Sí, señor; muy bonito. Para mi mujercita... (Y se lo ciñe al cuello. Ella perdona, al parecer, sus agravios y se lo deja colocar.) Niños aplaudid este momento. Y vosotros, personas mayores: palideced de envidia.

(En efecto, los niños aplauden, de conformidad con lo que ANDRÉS les pide. DON GABRIEL, que sigue fuera del cuadro familiar, atacado de una súbita decisión, se dirige a la cámara, coge la pera y la oprime, a medias consciente de lo que hace, a medias inconsciente. En ese segundo, pues, las pequeñas están aplaudiendo a ENCARNITA, que con un gesto mimoso e ilusionado a la vez se mira el collar. Los demás posan, inmóviles, para el FOTÓGRAFO. Entonces, este, irritado, sale de su túnel de tela negra.)

FOTÓGRAFO.- Pero, hombre, ¿qué ha hecho usted?...

DON GABRIEL.- (Con una mezcla de inocencia y de malicia.) ¿Una foto, tal vez?...

FOTÓGRAFO.- Ojalá fuera una foto... Seguramente, estropearme una placa, lo cual es muy distinto.

DON GABRIEL.- (Casi acongojado.) ¡Vaya por Dios!...

FOTÓGRAFO.- (El FOTÓGRAFO saca la placa y la sustituye por otra.) Ande, ande, mi coronel: ocupe su sitio y no haga que se le riña como a un cadete.

DON GABRIEL.- (Va a supuesto, zarandeado por la reprimenda. Es entre ANDRÉS y el capitán. Allí posa, obediente ya.) Bien, no me castigue...

FOTÓGRAFO.- Bueno, vamos a ver... Que, como se ha estropeado la otra placa, me queda solo esta. ¡El pajarito, nenitas! (A las pequeñas.) ¡Por aquí!... ¡Pío, pío, pío!... ¡Miren qué alitas!... Y ustedes, los mayores, no den mal ejemplo y no se me distraigan. Un, dos, tres... ¡Ya está!

(Dispara la máquina. El grupo se disuelve. El FOTÓGRAFO recoge con la mayor presteza posible todos sus bártulos.)

Muy bien, mi coronel. Y buenas tardes a todos. Podrán recoger mi trabajo dentro de diez días.

DON GABRIEL.- De acuerdo; ya mandaré a mi asistente. Adiós.

FOTÓGRAFO.- (A todos.) Adiós.

MARÍA LUISA.- Un momento...

(Toca el timbre. Sale EULOGIA, la criada. Una mujer de unos cuarenta y cinco años. Va pulcramente arreglada.)

Acompañe al señor a la puerta. Y, de paso, haga el favor: llévese las niñas.

EULOGIA.- Muy bien. (Se dirige a las niñas, que se cogen de la mano entre sí, y la mayor, de la de EULOGIA. Al FOTÓGRAFO.) Venga por aquí, señor.

(Y hacen mutis todos por la lateral izquierda.)

MARÍA LUISA.- (Se acerca a SANTIAGO.) ¡Hijo mío!... Óyeme... (A DON GABRIEL.) Vete, Gabriel, que esto no quiero que lo oigas tú... Es un secreto entre los dos.

(Le expulsa con una enorme ternura.)

DON GABRIEL.- ¡Vaya! Mi mujer y mi hijo me echan, como un importuno.

(Ambos se ríen.)

MARÍA LUISA.- Santiago (Le habla ahora hondamente.) , dime la verdad. ¿Todo terminó?

SANTIAGO.- (Huidizo.) ¿Qué, madre?...

MARÍA LUISA.- (Con manifiesta zozobra.) No te hagas el desentendido, Santiago. Ya sabes de qué hablo: de esa mujer...

SANTIAGO.- Madre, no te refieras a ella en esa forma...

MARÍA LUISA.- ¡Oh, Santiago, dispénsame!... Pero dime la verdad. ¿Terminó, no es así?...

SANTIAGO.- ¡Claro que sí, mamá!

MARÍA LUISA.- Es una... muchacha..., ¿va bien así, Santiago?, que no te conviene nada; que es un puro disparate que tú traigas a tu vida, ¿no comprendes? Te arrepentirías siempre si así lo hicieras. Acabarías sintiendo vergüenza...

SANTIAGO.- ¡Mamá!...

MARÍA LUISA.- Sí, sí; vergüenza de ella. Cuando ya hubieran pasado los primeros tiempos, por muy felices que te hubieran parecido, te sentirías incómodo, desgraciado. Tus amigos de hoy romperían contigo; eso, si en tu carrera no te costaba un tropiezo grave...

¿Te das cuenta?... Y, en cambio, hay mil chiquillas preciosas -y yo sé de una tal Adrianita a la que tú pareces de perlas, y ya no digamos a su encantadora madre-, que te recibirían con los brazos y el corazón abiertos.

SANTIAGO.- ¡Ay, mamá, qué cosas se te ocurren!

MARÍA LUISA.- Sí, sí... Que mi hijo es un capitancito de

Caballería muy apañado, ¡qué caramba!, con sus medallas de campaña ya, por haberse peleado como un tigrecito con sus moros, y gusta mucho, por tanto, sí, señor, que a mí me consta.

SANTIAGO.- ¡Bueno, mamá!

MARÍA LUISA.- (Con una invitación a la confidencia íntima.)

¿Terminado, terminado, Santiago?

SANTIAGO.- Sí, mamá.

MARÍA LUISA.- (A DON GABRIEL, que se ha alejado un poco del grupo de los dos.) Gabriel, ya puedes venir.

DON GABRIEL.- Si yo fuera un hombre digno, no volvería adonde se me ha expulsado.

MARÍA LUISA.- Calla, calla, farsante. (Con una íntima alegría.) Gabriel; todo acabó.

DON GABRIEL.- (Con un laconismo militar que traiciona, sin embargo, una profunda emoción.) Gracias, Santiago. Lo que acabó es..., claro...

MARÍA LUISA.- Sí, sí... ¿Qué ha de ser?...

DON GABRIEL.- Gracias. (Transición.) Y ahora, escúchame. ¿Por qué no buscas alguien (Subrayado.) que te merezca, y te casas y te llenas de hijos? Lo que importa es que logremos que exista siempre un Ardanaz sobre la Tierra, y, si es posible, inscrito en el Anuario Militar. Ahora somos dos; pero ¿por qué no hemos de ser tres o más? ¿Eh, qué te parece?

SANTIAGO.- Está bien, papá.

DON GABRIEL.- Venid a mí, familia que he creado: ¡lo que más amo en el mundo!

(Abraza apasionadamente a su mujer y a su hijo.)

ENCARNA.- (A ANDRÉS.) Yo no quiero este collar.

ANDRÉS.- ¿Y por qué no?

ENCARNA.- Andrés: este collar te ha costado mucho dinero.

ANDRÉS.- ¡Sí, millones!

ENCARNA.- No; pero más dinero del que tienes, sí. O, al menos, del que debes tener.

ANDRÉS.- ¡Bah, bah! A callar mi mujercita. Y si de verdad no quiere mi collar, yo se lo recojo y...

ENCARNA.- Trae, trae...

(Tal es su temor a que se lo quiten, que ANDRÉS no puede menos de reírse.)

ANDRÉS.- Estate tranquila; no te lo quito.

MARÍA LUISA.- (Que regresa en este instante. Los congrega a todos en torno suyo.) Señores: un momento solemne. El capitán Ardanaz se va a servir decimos, si no le causa molestia, la hora que es.

(SANTIAGO, con cómicos trabajos, se saca el mismo reloj que en el acto anterior recibiera DON GABRIEL de su padre. Animado de una burlona solemnidad, dispara su sonería. Los restantes personajes forman un corro expectante a su alrededor. Hay gran júbilo cuando sus campanadas cesan.)

GALLARDO.- Que nadie me diga nada. Yo sé la historia de ese reloj. Del bisabuelo, al abuelo; del abuelo, al padre (Señala a DON GABRIEL.); del padre, al hijo... (Señala a SANTIAGO.)

DON GABRIEL.- (Malicioso.) Del hijo, al nieto; del nieto, al biznieto...

MARÍA LUISA.- ¡Vivan los Ardanaz!

TODOS.- ¡Vivaaan!

EULOGIA.- (Aparece por la lateral izquierda e interrumpiendo la general algazara, dice a SANTIAGO.) Señorito: ahí hay una señorita que pregunta por usted.

SANTIAGO.- ¿Por mí?...

(Todos prestan atención al diálogo.)

EULOGIA.- Sí. Me ha dicho que le anuncie a la señorita Isabel.

SANTIAGO.- (Gesto de sorpresa.) Pues no tengo ni idea de quién pueda ser. ¿Y por qué no le ha dicho usted que...?

EULOGIA.- Se trata de algo urgente... Vamos, según ella.

MARÍA LUISA.- Pues no te preocupes. El café está ya listo. Conque venid, vamos a tomarlo. (A SANTIAGO.) Tú, cuando concluyas, vente también.

SANTIAGO.- Bueno.

DON GABRIEL.- Recíbela aquí.

EULOGIA.- ¿Qué le contesto?

SANTIAGO.- Que pase.

(EULOGIA se va por la izquierda. Los demás, por la derecha. Queda solo SANTIAGO. Mientras, se pasea. Como si quisiera recordar.)

Isabel, Isabel... Nada, que no caigo. En fin, salgamos de dudas.

(En este instante aparece por la lateral izquierda SOLEDAD. Todo en ella es ambiguo. Tiene, de un lado, aire casi de profesional; por el otro, una mirada de una rara inocencia. Viste de cierta osada manera; pero se mueve con un señalado recato. La voz es tal vez un poco desgarrada. Al verla SANTIAGO, pone un gesto de asombro.)

¡Soledad!

SOLEDAD.- Hola, chiquillo.

SANTIAGO.- ¿Qué es esto? ¿Cómo te has atrevido a subir?

SOLEDAD.- Pronto comprenderás que porque no tenía otro remedio.

SANTIAGO.- Es una imprudencia terrible. Mis padres me han hecho repetirles hoy que todo había concluido entre nosotros.

SOLEDAD.- (Rencorosa.) Tus padres... Ya les diría yo cuatro cosas a tus padres...

SANTIAGO.- Ten cuidado con lo que hablas. Aun queriéndote mucho, no te tolero la mínima protesta contra ellos.

SOLEDAD.- Son crueles. ¿Sabes lo que son? Crueles. Tienen esa intransigencia de los que han sido felices siempre; de los que como no han pasado nunca ni por el peligro ni por la tentación, se imaginan que ninguna de esas dos cosas existen o que son fáciles de vencer. ¡Por eso los odio!

SANTIAGO.- Bien. ¿Has venido a esta casa a cantarlo? Porque si ese es tu gusto y crees que yo voy a dejarte que te salgas con él, te equivocas.

SOLEDAD.- ¡No disparates!

SANTIAGO.- ¿Pues a qué has venido? ¿No sabes ya que estoy dispuesto a todo por ti, que no sé dejarte?... ¿No te he prometido vivir contigo?

SOLEDAD.- Sí. (Ardientemente.) Pronto, chiquillo, ¿no es cierto?

SANTIAGO.- Sí.

SOLEDAD.- No te arrepentirás nunca, te lo juro. ¿Sabes de lo que tengo gana? Te lo confieso. De huir de estas caras que me conocen; que me parece como si me acusaran de no haber sido buena siempre. Tienes que perdonarme lo de tus padres. Me parece que haciendo por odiarlos me defiende de lo que ellos me hacen sufrir.

SANTIAGO.- Bien. Deja eso a un lado. ¿Qué sucede?

SOLEDAD.- Algo grave. Hoy vino a verme Trini.

SANTIAGO.- ¿Trini? Te he prohibido mil veces que le hables. Es una golfa.

SOLEDAD.- Se me presentó en casa. ¿Qué iba a hacer?

SANTIAGO.- Echarla por el balcón.

SOLEDAD.- Y además, hacerte un favor inmenso.

SANTIAGO.- ¿A mí?...

SOLEDAD.- Escucha, Santiago. Tú sabes que Trini, sí, es una golfa, como tú dices, y ahora anda con don Paquito Tella, el de esa Sociedad minera, que tiene más millones que años, y ya es decir. Pues Trini, que golfa será como la primera, pero con un corazón que no le cabe en el pecho, venía a contarme que en la Sociedad de don Paquito acababa de descubrirse un desfalco.

SANTIAGO.- ¿Un desfalco?...

SOLEDAD.- Sí, o como lo llamen: que se habían dado cuenta de que faltaba dinero, vamos. Y no creas que una cosa así como así, sino importante. Noventa mil pesetas nada menos había birlado de la caja... ¿Sabes quién?...

SANTIAGO.- ¿Quién?

SOLEDAD.- Tu tiito Andrés.

SANTIAGO.- ¡Andrés!... ¡No es posible!

SOLEDAD.- Parece que había hecho no sé qué garabos con las cuentas. El caso es que... Lo que oyes: noventa mil pesetas como



noventa mil soles. Eso, hasta ahora; que todavía seguían buscando...

SANTIAGO.- (Sordamente.) Parece como si te causara alegría esta catástrofe.

SOLEDAD.- ¡Ay!, no, Santiago; ¿qué te has creído? Pero, mira: es una lección que da la vida. No se puede andar despreciando a nadie con tanto orgullo. Porque luego, en la propia casa de uno, salta un lío de estos, y entonces...

SANTIAGO.- ¡Cállate, Soledad! ¿No habrá una confusión?

SOLEDAD.- No, hijo: Andrés García...

SANTIAGO.- Puede ser otro que se llame lo mismo.

SOLEDAD.- No, no; si lo han dicho bien claro. El cuñado del coronel Ardanaz.

SANTIAGO.- De ese parentesco no se ha acordado nadie; estoy seguro. Solo tú.

SOLEDAD.- Bueno, es lo mismo. Se trata de él. Ni lo dudes. Espera, si han dado su segundo apellido... Gallardo, justo. Andrés García Gallardo. ¿Se llama así?

SANTIAGO.- (Pesadamente.) Sí, sí: se llama así... (Se deja caer abatido en el sillón.) ¡Qué vergüenza, Dios santo! Y este desgraciado, ¿cómo ha podido...? ¿Y en qué...?

SOLEDAD.- Pero, Santiago, ¿es que no se te ocurre...?

SANTIAGO.- Calla, sí... Aguarda un momento.

(Hace mutis por la derecha. Queda SOLEDAD en la escena, que recorre con una expresión indefinible en la mirada. Tal vez de oculto amor por todo aquello: los muebles, la luz, la atmósfera. En este instante llega SANTIAGO, precedido de ANDRÉS. ANDRÉS, al ver a SOLEDAD, hace un gesto de extrañeza.)

ANDRÉS.- (Sin saber exactamente a qué atenerse.) ¡Ah! Buenas tardes.

SOLEDAD.- Buenas tardes.

ANDRÉS.- ¿Qué hay?

SANTIAGO.- Andrés: se ha descubierto un desfalco de noventa mil pesetas en la Sociedad en la que tú trabajas.

ANDRÉS.- (Con una palidez que se advierte en el rostro y en la voz.) ¿Cómo dices?

SANTIAGO.- ¡Y el autor de ese desfalco resulta que eres tú!

(ANDRÉS no responde. Se ha apoyado en la consola y da la espalda a SANTIAGO.)

¿Eres tú, efectivamente, Andrés? ¿Por qué callas? ¿Es que no tienes nada que contestar? ¿Es cierto, entonces?... Si te viera revolverte y lanzarte contra mí, me sentiría contento. (Le coge del brazo y le obliga a hacerle frente.) ¡Mírame de una vez, Andrés! ¡Has sido tú, claro! ¿Y por qué? ¿Cómo? ¿Con qué justificación? Porque tú ganabas honestamente lo necesario para vivir bien y no te hacían falta noventa mil pesetas más. Ni se te ha visto tampoco gastarlas en

nada... ¿Qué has hecho de ese dinero?...

SOLEDAD.- Pero Santiago...

ANDRÉS.- Lo he jugado y lo he perdido.

SANTIAGO.- ¡Qué monstruosidad! ¿Es posible?

ANDRÉS.- Ha sido una mala suerte espantosa, Santiago. (Habla ahora con exaltación creciente.) ¡Si hace un mes había ganado casi doscientas mil!...

SANTIAGO.- ¡Doscientas mil!...

ANDRÉS.- Pero, de pronto, se me dieron unas rachas terribles. Perdía noche tras noche. Estaba gafado. ¡Y de qué forma! Me vi atrapado, Santiago, y sin remedio. Entonces cogí unas pesetas de la Sociedad, gané con ellas y las repuse al día siguiente. Nadie se enteró de nada. Esto lo repetí varias veces, y todas con éxito. Me traía suerte hacerlo, Santiago. Cuando iba con dinero que no era mío, las cartas me pintaban bien. El dinero ajeno era mi talismán. Aun teniéndolo yo mío, me había acostumbrado a tomar del de la caja, porque siempre que lo hacía volvía con más.

SANTIAGO.- De ahí salieron tus regalos para tu mujer, tus invitaciones... «¡Qué generoso es Andrés!», decíamos todos. Y era que no dabas valor a lo que nada te costaba conseguirlo.

ANDRÉS.- (Embalado. Sin prestar atención a lo que le dice SANTIAGO.) Hasta que las cartas empezaron a nublaréme. Fue este invierno, Santiago. ¡Ah!, no creas que no luché para resistirme. Tú no tienes idea... ¡Qué duelo conmigo mismo! Días de encerrarme en casa, deliberadamente; días de salir en dirección contraria, para que se me hiciera tarde y se ocuparan los puestos y ya no pudiera jugar aunque quisiera... Y de pronto, a una hora dada, mis pies se ponían en movimiento y me llevaban al Casino. Yo era como un borracho, Santiago, y necesitaba ver la luz de los focos sobre el verde de las mesas, y prefería acariciar los naipes a acariciar a una mujer, y con un montón de fichas delante de mis ojos, mientras el cajetín del bacará se detenía en mí y yo daba al punto dos cartas y me servía otras dos como banquero, en ese segundo de silencio, mientras él pedía o se plantaba yo vivía tan intensamente como nunca me han hecho vivir ni el amor ni la desgracia.

SANTIAGO.- (Aterrado, al profundizar en la psicología de ANDRÉS.) Eres un enfermo, Andrés. Un hombre sin voluntad.

ANDRÉS.- No, a veces he temido que anduviera un demonio dentro de mí. Un demonio extraño que me advertía cuando se me iba a dar el pase contrario, y, sin embargo, me obligaba a jugar entonces más fuerte que nunca. Porque yo sabía que iba a perder unos segundos antes de que fuera irremediable que perdiera. Y aguantaba, por si era una autosugestión equivocada y por no considerarme supersticioso, y... no sé..., como si de pronto me entrara un desprecio enorme por aquel dinero. ¡Jesús!, un dinero que era tres veces mayor que mi sueldo, y que lo había...

SANTIAGO.- (Implacable.) Robado.

ANDRÉS.- ¡Calla, por favor! (Se detiene un instante. Convicto.) ¡Sí, robado!...

SANTIAGO.- Bien. Y ahora, ¿qué?

SOLEDAD.- Santiago: yo he venido a verte aquí, porque es que pasa algo más... La Policía ha ido a casa de tu tío a detenerle. Y estará allí ahora... o volverá luego.

SANTIAGO.- ¿Lo oyes? ¿Qué vas a hacer?

ANDRÉS.- Sólo tengo una solución, Santiago.

SANTIAGO.- ¿Cuál?

ANDRÉS.- Llevo diez mil pesetas. Míralas. (Se busca en el bolsillo del pantalón y saca de él unas fichas.) Ayer gané doce mil, compré el collar a Encarna... Me quedan diez mil.

(Excitadísimo.) Si tuviera suerte y me diera unos pases... No es difícil, porque hoy está la partida muy fuerte... Todo es cuestión de corazón... Diez que hacen veinte, veinte que hacen cuarenta, cuarenta que hacen ochenta, ochenta que hacen... ¡Ah, podría reponer mañana en la Sociedad y que no me pasara nada! ¡Qué mañana!... En seguida, dentro de dos horas, o de una, o de media... Porque eso es lo mágico del juego, ¿sabes?, que unos segundos son suficientes. Unos segundos, Santiago, y ya todo será distinto. ¿Comprendes? ¿El perder mi puesto? ¿El que me encarcelen?... ¡Ja, ja, ja!... El punto: planto. Y yo: abato. El punto cantando: seis. Y yo, siete. Y el punto: ¡Banco, banco, banco!... ¿Dónde hay palabra en el diccionario más bella? ¿Quién decía eso?... ¡Ah!, sí: el... el... el...

(Le amenaza, lleno de encono, a través de la puerta, como si en este instante tuviera la revelación de que de él arrancara su desastre.)

SANTIAGO.- (Con una violencia terrible.) ¡Basta! Tú eres el responsable de cuanto te pasa. Ya tienes años para distinguir el bien del mal.

ANDRÉS.- ¡El..., el..., el...!

SANTIAGO.- ¡Basta he dicho!

SOLEDAD.- No deis esos gritos. Van a oírnos.

SANTIAGO.- Y ahora resuelve en diez minutos lo que prefieres hacer. O entregarte a la Policía, o huir. No tienes otra opción.

ANDRÉS.- ¡Déjame que vaya a jugar! Por última vez... Tanto si gano como si pierdo, nunca más jugaré...

SANTIAGO.- (Cercano ya al paroxismo.) ¡No, no y no!

(En este momento aparece DON GABRIEL. Los tres le miran llenos de estupor.)

ANDRÉS.- ¡Yo sé qué debo hacer! (Y prevalido de la situación creada por la presencia inesperada de DON GABRIEL, se va rápidamente por la lateral izquierda.)

SANTIAGO.- (Como si pensara detenerle.) ¡Andrés!

(Pero, de una parte, ANDRÉS ha escapado ya, y de la otra, DON

GABRIEL, con su mirada, diríase que impide a SANTIAGO ponerse en movimiento.)

DON GABRIEL.- ¿Qué ha sucedido aquí?

SANTIAGO.- Nada, padre.

DON GABRIEL.- ¿Y esas voces?

SANTIAGO.- Nada, discutíamos.

DON GABRIEL.- (Tras una pausa.) Su nombre de usted es Soledad, naturalmente.

SOLEDAD.- Sí.

(En este instante, por la lateral derecha surgen MARÍA LUISA, ENCARNA y DON MANUEL GALLARDO. Todos cobran en el acto la conciencia

de que algo grave está ocurriendo y se distribuyen a espaldas de DON GABRIEL, sin atreverse a nada.)

DON GABRIEL.- Aún no hace veinte minutos, Santiago, asegurabas que ciertas relaciones tuyas habían concluido definitivamente.

SANTIAGO.- ¡Mentía!

DON GABRIEL.- Tú me evitas tener que decirte esa gruesa palabra diciéndotela tú mismo.

SANTIAGO.- ¡Mentía, porque no las he terminado!

MARÍA LUISA.- ¿Me engañaste, hijo mío?

SANTIAGO.- ¡Oh!, mamá, te suplico...

DON GABRIEL.- Calla, María Luisa. Te prohíbo que hables.

SANTIAGO.- Si mentí, fue por ahorraros un dolor que consideraba innecesario. Pero puesto que ya el daño está hecho, bien contra mi voluntad, os diré, no solo eso, sino que no pienso que concluyan jamás. Quiero a esta mujer y me consta que ella me quiere a mí. Soy mayor de edad, padre, y nada ni nadie puede evitarme que yo siga a su lado.

DON GABRIEL.- ¿Es esa tu decisión?

SANTIAGO.- Sí.

MARÍA LUISA.- ¡Oh!, no Santiago: tú no te das cuenta de lo que hablas.

SANTIAGO.- Madre: tu voz me hace un daño tremendo; pero no puede evitar nada.

ENCARNA.- (Entristecida.) María Luisa...

(Se pone a su lado y la coge del brazo, como si deseara substraerla a tanta amargura.)

SANTIAGO.- Una cosa necesito deciros. Si Soledad se encuentra aquí, es porque tenía que comunicarme algo grave y serio, que realmente nadie más que ella podía decir. Me importa que lo sepáis, para que no se juzgue torcidamente su presencia en esta casa. Una vez aclarado esto, yo me permito rogarte, Soledad, que me dejes

resolver en unos instantes, y de una vez para siempre, mi situación con mis padres.

SOLEDAD.- Sí, Santiago.

(Le sonrío a él. Hace una muda reverencia a los padres. Y se va por la izquierda.)

SANTIAGO.- Padre: yo no pienso seguir viviendo aquí, donde Soledad no sería admitida nunca. He resuelto buscar otra atmósfera, en la que mi vida en común con Soledad no encuentre obstáculos que comprometan nuestra felicidad. Quiero ser destinado a África.

MARÍA LUISA.- ¿Por qué vas a volver, Santiago? Me da miedo...

DON GABRIEL.- Calla, María Luisa.

ENCARNA.- ¡Oh!, tiene razón tu mujer, Gabriel. Lo que Santiago intenta es una locura.

DON GABRIEL.- Callad de una vez. Esto no es un problema para vosotras. (A SANTIAGO.) Supongo que lo que acabas de decirnos lo has pensado bien, ¿no es cierto?

SANTIAGO.- Sí.

DON GABRIEL.- Y que cuantas reflexiones pudiéramos hacerte nosotros te las has hecho tú mismo. ¿Es así?

SANTIAGO.- Así es.

MARÍA LUISA.- (Sollozante.) Pero Santiago...

DON GABRIEL.- ¡Callad, por Dios vivo! (A SANTIAGO.) Nada ni nadie te moverá de tus propósitos, ¿verdad?

SANTIAGO.- Nadie.

DON GABRIEL.- Pues bien, el capitán Ardanaz cursará mañana su petición de voluntario para África, a través del coronel de su Regimiento.

MARÍA LUISA.- ¡Gabriel!...

DON GABRIEL.- Y ahora puedes marchar cuando gustes. (Señala a la izquierda.) Hay alguien que te espera.

(SANTIAGO da un taconazo y hace mutis por la izquierda.)

MARÍA LUISA.- ¡Santiago!

(E intenta seguirle; pero la mano de GALLARDO se enreda a la suya y se lo impide.)

DON GABRIEL.- María Luisa: es tan hijo mío como tuyo. Déjale marchar.

(MARÍA LUISA se detiene en el umbral de la puerta. Hay una larga pausa. Se busca el reloj, sin encontrárselo.)

¿Es tarde, verdad? Di a Santiago mi reloj...

GALLARDO.- Son casi las cinco.  
DON GABRIEL.- ¡Ah! sí; las cinco ya...

(Nueva pausa. MARÍA LUISA llora contenidamente. ENCARNA está a su lado y la acaricia con ternura.)

ENCARNA.- (Hacia la izquierda.) ¡Andrés! ¿Dónde está Andrés?  
GALLARDO.- ¿Me necesitas para algo, Gabriel? Me gustaría poder ayudarte.  
DON GABRIEL.- ¡Oh!, no, no... No se preocupe, don Manuel. Es un mal momento. Ya se vencerá.  
GALLARDO.- Todo tendrá arreglo, Gabriel.  
DON GABRIEL.- Claro, claro... ¿Cómo no ha de tenerlo? ¡Ah!, yo les rogaría: no hablemos ya más de eso. ¿Quieren?  
GALLARDO.- Naturalmente que sí, Gabriel.

(Y se dirige hacia las dos mujeres y las invita suavemente en dirección de la puerta de la derecha.)

DON GABRIEL.- No hablemos más de eso.

(GALLARDO, MARÍA LUISA y ENCARNA hacen mutis por la derecha. DON GABRIEL contempla el retrato de su padre, que está sobre la consola.)

Padre mío: esta línea recta que seguiste tú, derechamente, como te la habían marcado; que seguí yo también, ¿irá hoy a torcerse?  
(Queda abstraído unos segundos.)

MARÍA LUISA.- (Desde dentro. Dulcemente.) ¿No vienes, Gabriel?  
DON GABRIEL.- Sí, María Luisa.

(Y hace mutis por la lateral derecha. La escena queda sola y poco a poco se oscurece por completo. Solo, del foro, una luz se proyecta sobre el mirador. El tictac del péndulo comienza a oírse de nuevo, casi obsesivamente, con más intensidad al principio que después. Voces de vendedores de periódicos: «¡La Corres! con el discurso de Maura en el Congreso. ¡La Corres!»). Ahora, como música de fondo, se oyen los primeros compases de Las Nubes, de los nocturnos de Debussy. DON GABRIEL, desde dentro, en tono un poco deshumanizado.)

¡Cómo se encaramaban a este mirador las voces todas de la Plaza de Oriente! De día, las niñas jugaban entre las acacias y los castaños de Indias, mientras los carritos infantiles, adornados con banderolas y cascabeles, giraban en torno de las estatuas...

(Se oye un coro de voces blancas.)

CORO.-

Dos de mayo, dos de mayo;  
dos de mayo, dos de mayo...;  
dos de mayo, primavera.  
Cuando todos los soldados,  
cuando todos los soldados,  
se marchan para la guerra...

(DON GABRIEL surge ahora en el mirador y se apoya nostálgicamente en el muro de la derecha.)

DON GABRIEL.- Aquel año de 1908 lo vi terminar desde este mirador.  
A mi lado estaba María Luisa.

(MARÍA LUISA aparece junto a él. DON GABRIEL, con su brazo en torno de la espalda de ella, mira lejanamente.)

El reloj de la Encarnación dio las doce del treinta y uno de diciembre.

(Suenan las campanadas.)

EULOGIA.- (Cruza de izquierda a derecha. Quedamente.) Feliz año nuevo, señor. Feliz año nuevo...

MARÍA LUISA.- (Transida.) ¿Y nuestro hijo, Gabriel? ¿Y nuestro hijo?...

DON GABRIEL.- Ya volverá a nosotros, María Luisa. (Transición.)  
A las once llegaban los soldados de la parada. Regimientos de León,  
de Saboya, de Wad-Ras, de Ingenieros, Inmemorial del Rey...

(Se oye una banda militar tocando una marcha.)

Tras ellos, la sección de los Húsares de Pavía, o de la princesa, o de los lanceros de la reina... ¡Amada trompetería de mi escuadrón!

(Se oyen los clarines de caballería.)

MARÍA LUISA.- Nuestro hijo volverá, ¿verdad?

DON GABRIEL.- Sí, María Luisa, sí.

MARÍA LUISA.- Hace ya muchos meses que se fue, Gabriel. Nada sabemos de él. Yo quisiera verle.

DON GABRIEL.- Le verás un día, María Luisa...

MARÍA LUISA.- Es que yo...

DON GABRIEL.- Calla, calla, María Luisa...

(Se abraza a ella y hacen mutis por la lateral izquierda. Hay un oscuro muy breve. Tictac de reloj. De improviso, con un sesgo dramático que antes no tenían, nuevas voces de vendedores de periódicos: «¡La Corres! ¡La Corres! ¡Con las últimas noticias de África!... ¡La batalla del Barranco del Lobo! ¡La batalla del Barranco del Lobo!». Después todo queda en silencio. La luz vuelve a la escena. Se la da la araña del centro, que se ilumina poco a poco. En este instante, el timbre del teléfono suena imperativamente. A los breves segundos surge por la lateral izquierda EULOGIA. Viste de manera distinta a la que vestía en su última intervención. No sin cierto cómico titubeo, se dirige al teléfono.)

EULOGIA.- ¡Jesús!, este chisme me da miedo siempre... (Descuelga el auricular con cierta tosquedad. Y habla.) Dígame... Sí, esta es la casa del señor coronel Ardanaz. ¿Que dónde vive? Plaza de Oriente, tres. ¡Ah!, ¿para mandarle un parte?...

(En este instante llega DON GABRIEL por la lateral derecha. Lleva pelliza y sable.)

DON GABRIEL.- Eulogia, ¿qué dicen?...

EULOGIA.- (Al aparato.) Espere. (A DON GABRIEL.) Preguntan del Ministerio de la Guerra si está usted, para mandarle un parte.

DON GABRIEL.- (Con cierta inquietud.) ¿Del Ministerio? A ver, a ver. Déjeme. (Se pone al aparato.) Aquí, el coronel Ardanaz. ¿Con quién hablo? ¡Ah, el capitán Lorenzález! ¿Qué hay, capitán? Sí, sí: Plaza de Oriente, tres. Dígame... ¿De dónde viene ese parte?

Ábralo... ¡Le digo a usted que lo abra! (Con un tono que no admite réplica.) Soy el coronel Ardanaz. ¡Le ordeno que lo abra! Estoy pronto a todo. Léalo. De Melilla... Sí, sí, sí... Barranco del Lobo... Gloriosamente... Gracias, capitán... (Cuelga el teléfono con mano temblorosa.) El último Ardanaz...

(Después, aniquilado, vencido, se desploma en el sillón. Las voces de niñas llegan ahora más distintamente que nunca.)

CORO.-

Dos de mayo, dos de mayo,  
cuando todos los soldados  
se marchan para la guerra.  
Unos ríen y otros lloran;  
unos ríen y otros lloran...  
Y otros se mueren de pena...



(Cae lentamente el...)

TELÓN

Acto III

Cuadro I

Apenas apagadas las luces, del doble telón salen dos muchachos vestidos pobremente, como vendedores de periódicos, con un manajo de ellos cada uno. Vocean: «¡Las tropas del Káiser entran en Francia! ¡Las tropas del Káiser entran en Francia!». Del escenario pasan al patio de butacas y a ambos lados pregonan su mercancía: «¡Alemania declara la guerra a Francia!... ¡Alemania declara la guerra a Francia!». Después hacen mutis por la puerta del fondo del patio de butacas. Entonces se levanta el telón y comienza el cuadro segundo.

Cuadro II

La escena es la misma de los actos anteriores. Nos encontramos en agosto de 1914. Han transcurrido, por tanto, desde el acto anterior, cinco años. Al levantarse el telón es de día. DON GABRIEL ARDANAZ aparece por la lateral izquierda. Casi simultáneamente, ENCARNA, por la derecha. ENCARNA viene con sombrero y en actitud de salir a la calle.

DON GABRIEL.- (Sorprendido y con el temor de que pueda ser escuchado.) ¿Te marchas?

ENCARNA.- Sí, Gabriel. No tengo más remedio. Rosaura llega en el tren de las cinco. Antes de una hora estará aquí. ¿Es que pasa algo nuevo?

DON GABRIEL.- Pchs... (Va a las puertas y las cierra con el mayor cuidado.) Ando siempre volado por causa de María Luisa.

ENCARNA.- ¿Qué noticias hay?

DON GABRIEL.- Joseíto tenía hoy la entrevista decisiva. Y quedó en telefonar de nuevo, y ya no puede tardar.

ENCARNA.- Me gustaría estar contigo, Gabriel... Pero ¿qué hago de Rosaura, si esa chiquilla, con sus catorce años mal contados, se encuentra sola en la estación?

DON GABRIEL.- ¡Claro, es verdad! Pues no te preocupes por nada, Encarna. Yo esperaré aquí su llamada.

ENCARNA.- Debo decirte de paso que hoy he encontrado a María Luisa mejor que días pasados. Tú ya sabes cómo son los médicos, Gabriel. «Con eso, años se puede vivir...». Así te dijo don Enrique. Luego, a lo mejor, resulta que no tenía ni eso.

DON GABRIEL.- (Después de unos segundos de abstracción.) Calla, de la enfermedad de María Luisa prefiero no acordarme.

(MARÍA LUISA aparece por la derecha y abre la puerta con decisión. Al ver juntos a ENCARNA y DON GABRIEL, los mira con indudable recelo.)

ENCARNA.- Bueno, hasta luego, María Luisa.

(Y hace mutis por la izquierda.)

DON GABRIEL.- ¿Qué hay, mujer? ¿Por qué no te acuestas, eh?

MARÍA LUISA.- Me encuentro bien. (Transición.) ¿De qué hablabais, Gabriel?

DON GABRIEL.- De nada importante.

MARÍA LUISA.- Te conozco demasiado para saber lo que pasa por dentro de ti. Hay algún hecho nuevo en tu vida. Y tú, por primera vez desde que nos casamos, me lo ocultas, Gabriel.

DON GABRIEL.- ¡Ah, mi mujer inquisidora! (Pretende derivar por un camino de burla las inquietudes de MARÍA LUISA.)

MARÍA LUISA.- ¿Te imaginas que es posible mantener alguna preocupación oculta a aquel ser con el que se duerme abrazado todas las noches, Gabriel? ¿Al que se le oye respirar, soñar en voz alta, quejarse? ¿Del que se sabe, no sé cómo, por intuición, en la oscuridad, cuándo tiene los ojos abiertos?

DON GABRIEL.- Y tú has diagnosticado que a mí me sucede algo...

MARÍA LUISA.- Sí. Hace días te llegó una carta. Esa carta te desasosegó de una manera terrible. Te vi leyéndola varias veces aquí, en el comedor, en tu cuarto... Poco antes se había presentado a saludarte el comandante Gosálvez. Por último, Joseíto no hace otra cosa sino ir y venir.

DON GABRIEL.- No seas criatura, mujer... ¿A quién se le ocurre?

MARÍA LUISA.- ¡Oh!, de pronto me ha entrado un miedo a padecer alguna enfermedad incurable...

DON GABRIEL.- Vaya, todo por culpa de unas decimitas y unos dolores pasajeros y unos análisis...

MARÍA LUISA.- Sí, y de una voz que oigo muy adentro y que me niego a escuchar, pero que apenas me descuido se me hace fuerte y me llena de susto. Dime: ¿es algo relativo a mí...? Porque, claro que tiene que ser algo que se refiera a ti, o a mí, o al pobre Santiago.

DON GABRIEL.- La imaginación; ¡la loca de la casa!

(JOSEÍTO aparece por la lateral izquierda. Es un hombre simpático, vestido sin preocupaciones de etiqueta, pero con una sencillez elegante. Tiene alrededor de treinta y cinco años. Viene muy alegre.)

JOSEÍTO.- ¡Don Gabriel!

DON GABRIEL.- (Con un evidente anhelo.) ¿Qué hay, Joseíto?

JOSEÍTO.- (Mira a MARÍA LUISA y duda un momento si hablar o no. Al fin se decide.) ¡Era verdad, don Gabriel!

MARÍA LUISA.- ¿Qué es lo que era verdad?

DON GABRIEL.- (A JOSEÍTO, como si le pidiera confirmación con la mirada.) ¿Sí?

JOSEÍTO.- Sí; plenamente confirmado.

DON GABRIEL.- ¡Cielo santo! ¡Qué inmensa alegría! María Luisa: ¡existe un hijo de Santiago!

MARÍA LUISA.- ¿Qué dices?

DON GABRIEL.- (Nervioso, febril, exaltado.) Sí, sí: lo que oyes.

MARÍA LUISA.- Explicadme.

DON GABRIEL.- Esa preocupación mía que tú adivinaste y que, sí, me quitaba el sueño, era porque me habían llegado rumores de que ese hijo existía y yo no acertaba a comprobarlos. Sí, sí, María Luisa; aquella carta -¿qué podrá escapar a tu perspicacia?- me daba ciertas noticias. El comandante Gosálvez no se atrevió a confirmarme nada ni a desmentirlo tampoco. Y ahora Joseíto, por fin... ¡Ah!, no sé. Cuenta, cuenta tú mismo, Joseíto, lo que haya.

JOSEÍTO.- Nada... Como sabe usted, ayer estuve con la Trini. La Trini (A MARÍA LUISA.) era una amiga de Soledad; la que avisó, por cierto, lo de Andrés, la tarde en que se escapó. Y yo sabía que andaba por Madrid, pero no daba con ella. Parecía que se la había tragado la tierra. Hasta que, fíjese por dónde, me la encuentro. Por cierto, hecha una ruina. Y no solo me confirmó lo de Soledad, sino que se ofreció a todo. Yo la hice un regalito, claro; porque, además, es que me apenaba verla... «Entérate de quién es ese chiquillo que anda con Soledad...». Porque es que lo que nos decían es que era de una hermana suya.

MARÍA LUISA.- ¿Cómo es el chiquillo?

JOSEÍTO.- Yo no he llegado a verle; pero creo que muy bien plantado: parecidísimo a su padre. Es un hijo póstumo, claro. Tendrá ahora..., calcule: el pobre Santiago murió el nueve; estamos en el catorce... Tendrá cinco años, o cuatro... Cualquiera adivina.

DON GABRIEL.- Sigue. ¿Y qué?

JOSEÍTO.- Hijo de Soledad, naturalmente. ¡Qué tonterías de hermana! Total; yo no sé si he hecho mal o he hecho bien; pero le he

dado todo el dinero que tenía encima y le he dicho: «Te vas a ver a Soledad; le entregas esto, y le dices que cuente con lo que quiera». Creo que Soledad tampoco está muy boyante, aunque le ha salido ahora un contrato fuera de España: «Tú le aconsejas que no se preocupe para nada del chico. Que el chico se queda aquí con los abuelos y que ella esté tranquila, que no va a faltarle nada, ni a él... ni a la madre ...». Yo me fui a hacer unas cosas y después me vine para aquí.

DON GABRIEL.- (A MARÍA LUISA.) ¿No es maravilloso esto, María Luisa?

MARÍA LUISA.- (Sin entregarse a una alegría excesiva.) Sí...

DON GABRIEL.- ¿Verdad que la vida no es tan mala? Mira cómo ha acabado por buscarnos el único consuelo posible para la falta de Santiago.

MARÍA LUISA.- Es verdad, Gabriel.

DON GABRIEL.- ¿No te das cuenta? La continuación de una familia, de un apellido que se extinguía, que iba a acabar con nosotros.

María Luisa, ¿qué te sucede? ¿En qué piensas?... ¿Es que no sientes mi misma alegría?

MARÍA LUISA.- Parecéis contar con todo. Pero (Gravemente.) ¿y la madre?...

(En este instante se percibe por la lateral izquierda el rumor de una disputa. Ahora se oyen claramente estas frases.)

EULOGIA.- (Ya excitada.) ¡Haga el favor de aguardar aquí, caramba!

SOLEDAD.- ¡No me da la gana! Yo entro porque quiero.

EULOGIA.- Voy a llamar al señor para que la ponga de patitas en la calle.

SOLEDAD.- ¿A mí? ¡No ha nacido quien se atreva!

EULOGIA.- ¡Que se espere, le digo!

SOLEDAD.- ¡Vamos, vieja loca!

(E irrumpe en escena, en actitud de desasirse por última vez de EULOGIA. EULOGIA entra con ella.)

EULOGIA.- Señor, es una furia esta mujer...

(SOLEDAD viene demudada y colérica. Su aparición causa una tremenda sorpresa en todos. Hay unos segundos en los que se miran recíprocamente, sin encontrar las palabras de partida. La escena está dominada, fundamentalmente, por la ira terrible de SOLEDAD.)

DON GABRIEL.- (A EULOGIA.) Bien, Eulogia, déjenos.

(EULOGIA se va por la lateral izquierda con la contrariedad de no poder ajustar sus cuentas a la recién llegada. La pausa ahora es larga. En JOSÉITO se advierte un movimiento de especial sorpresa.)

SOLEDAD.- ¿Por quién me han tomado ustedes a mí? ¿Quién se creen que soy yo?

DON GABRIEL.- ¿Qué es esto?

SOLEDAD.- Ustedes han debido suponerse que con dinero las cosas se arreglan fácilmente, ¿no?, o que solo tienen sentimientos los de su clase y que los demás somos como animales, ¿verdad? Y se equivoca usted; se equivocan todos, si lo suponen. A mí, lo que es mío, no me lo quita nadie. Ni usted, por muy generoso que sea, ni el rey de las Indias, ni nadie. ¿Se entera? Soy capaz de andar a navajazos con mi sombra, si hace falta. Y, sobre todo, ¡no lo vendo!

DON GABRIEL.- Nadie ha intentado comprarle nada, sino evitar a su hijo la menor privación y garantizarle a usted una vida decorosa.

SOLEDAD.- ¡Qué gracioso! ¡Ahora les preocupa eso!... Mientras fui la viuda de Santiago, que me pudriera, ¿no? Pero cuando soy la madre de su nieto, entonces les entran sus caridades. ¡Mandarme a mí dinero! Aunque me hiciera falta para comer, no entregaría yo a cambio el chico. Y menos que a nadie a ustedes, que tienen la culpa de cuanto ha pasado. Antes muerta mil veces. El chico es para mí; es para su madre, que, después de Santiago, que Dios tenga en su gloria, nadie con más derecho que yo, ¿comprenden? Y venía a decirles que me dejen tranquila y que no se hagan ilusiones, y que se imaginen que al chico se lo ha llevado la trampa, o, mejor todavía, que no ha nacido; porque, me he jurado a mí misma que ni han de verlo siquiera, a poco que pueda.

MARÍA LUISA.- ¿Usted es que quiere a su hijo, o es que nos odia?

SOLEDAD.- (Casi ferozmente.) Mire, para hablarles con el corazón en la mano, las dos cosas. ¿Cómo no voy a odiarlos? ¡Si ustedes no creyeron nunca que Santiago era lo que era para mí! ¡Si me trataron siempre como a una fulana; si parecía que solo con entrar en esta casa o con acercarme a él los manchaba a todos! Y no ha habido mujer en el mundo que haya podido estar más loca por un hombre que yo lo he estado por Santiago. Loca de no ver más que por sus ojos, ni de sentir por nadie más que por él. Si el mundo entero se me había borrado y no existía... ¿Es que no se lo han dicho las señoras de Melilla? Porque ellas bien que nos dieron de lado y que se hacían las distraídas cuándo nos veían; pero bien que sabían lo honrada que era y lo metida en mi casa que estaba, como la primera. Cuando me lo mataron al pobre, y se me presentaron en el piso, ¡cómo les di con la puerta en las narices a todas! Y a usted (Se refiere a DON GABRIEL.) ni mirarle tampoco... ¡Y cómo me sentía yo de orgullosa con lo que sabía que llevaba dentro! Toma pergaminos, pensaba, y mucha prosapia; pero esos pergaminos y esa prosapia, si no los continuo yo, se acaban, se hacen polvo.

JOSÉITO.- Soledad: es indigna su manera de hablar.

SOLEDAD.- ¡La mía, me ha llegado la mía!... ¡Llega siempre! No hay sino saber esperar, sentarse a la puerta... ¡Es la fija! ¡Cómo han

cambiado las cosas en seis años!, ¿no? ¿Se acuerdan, en esta misma sala?... ¡Ja, ja, ja!... Y ahora, la familia Ardanaz, ¿quiénes la forman? ¿Usted (A MARÍA LUISA.) que está herida de muerte, que lo sé muy bien y de muy buena tinta?...

JOSEÍTO.- ¡Basta! ¡No tiene usted derecho...!

(Se dirige a ella y pretende expulsarla.)

MARÍA LUISA.- (Se interpone a los dos y lo impide.) Déjala, Joseíto; déjala... ¿Crees que no sé?...

SOLEDAD.- La familia Ardanaz es el hijo de Santiago que yo le di, ¡y nadie más! Y a mí, que me expulsaron ustedes; que me cercaron; que me escupieron a la cara; que me pisotearon en las manos, cuando quería salir del agua, para que me ahogara de una vez; a mí, que soy todo lo malo que se puede ser, van a acabar ustedes debiéndome que la familia Ardanaz se continúe. Y sí se continuará, sí. ¡Y de qué manera! Pero si algo puedo con mi hijo, él no querrá de ustedes sino lo que he querido yo. O sea, ¡nada!

MARÍA LUISA.- ¿Y usted se imaginará que le hace un bien acaso?

SOLEDAD.- ¡Un bien!...

MARÍA LUISA.- Sí; alejándole de nosotros, o inclusive inspirándole su odio contra nosotros, privándole de nuestra protección y de nuestra ayuda, ¿usted cree honradamente, Soledad, que le hace un bien? Porque yo admito que usted le quiera como dice; pero a veces me parece que usted no tiene otro sentimiento que el de su rencor.

SOLEDAD.- Cuando mi hijo sea hombre y pueda juzgar por sí mismo, yo le contaré todo, ce por be. Y le explicaré por qué hice esto y no hice lo otro. Y sé que mi hijo me comprenderá, y si es que tiene algo que perdonarme, me perdonará. Porque ¿es que hay alguien que no me señale con el dedo? Al chico, ¿no habrán de recordarle siempre lo que fue su madre? ¿Quién me perdona? Muchos golpes de pecho y mucho Evangelio; pero a la Magdalena, ¡bien borrada la tienen!

DON GABRIEL.- Soledad: si ha habido intransigencia excesiva por nuestra parte, le ofrecemos ahora una posibilidad de rectificación.

Evitarle su incierto presente y su casi seguro catastrófico porvenir. Permítanos usted que nos ocupemos de la educación de su hijo.

SOLEDAD.- ¡Ja, ja, ja!... ¿Cuándo? Pasado mañana tomamos el barco en Gijón. Dios aprieta, pero no ahoga. Me ha salido un contrato para América. Y en Gijón está el chiquillo, con mi hermana, esperándome.

MARÍA LUISA.- ¿Es cierto eso?

SOLEDAD.- Sí, nos vamos a América. ¡Qué alegría! «¿Y usted quién es?». «Soy la viuda de Ardanaz». Y que no haya risitas, ni darse con el codo unos a otros, ni mirarme a la cara, como diciéndome: «¿Pero esta no es la Sole? ¿Dónde he visto yo a esta antes de ahora?».

(Transición.) «Y ese chiquillo tan precioso...». Porque es precioso, lo juro, como hay Dios. Gabriel de nombre, porque me lo tenía dicho Santiago. «Pues es un hijo que me nació a los pocos meses de morirse mi marido». Y con mi hijo y mi contrato, ¡hala!, a

América. (Sombría.) ¿Quieren algún recado para Andrés, si le veo por aquellas tierras?

DON GABRIEL.- (A MARÍA LUISA.) Retírate, haz el favor.

(MARÍA LUISA le obedece altivamente y se va por la derecha.)

(A SOLEDAD, desde el umbral de la derecha hasta el que ha acompañado a MARÍA LUISA.) No le daré ni un segundo más el placer de seguir insultándonos. Agradezca muchas cosas al nombre de mi hijo y... al del suyo.

(Mutis por la derecha.)

JOSEÍTO.- (Fulminantemente.) Se ha conducido usted como si llevara el mismo demonio dentro. ¡Salga de aquí en el acto!

SOLEDAD.- Sí, claro; ya me voy...

(Como un desgarramiento del alma, mientras recorre con la mirada la habitación entera, con sus cornucopias, sus viejos retratos, sus muebles antiguos y el cálido aroma familiar que de todo ello emana se le clava muy hondo.)

¡Y, sin embargo, yo hubiera querido esta casa!...

(Y hace mutis por la lateral izquierda, mientras cae rápidamente el...)

TELÓN

Cuadro III

El telón que cae al concluir el primer cuadro del acto tercero no es el definitivo, sino el mismo con el que comienza el acto segundo. El tictac del reloj comienza a oírse de nuevo. Y con él, La Madelón. Voces de vendedores, dentro: «¡El Imparcial, con la fuga del Káiser a Holanda y el fin de la guerra! El Imparcial». En este instante, las muchachas 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>, ataviadas con abrigos a la moda de 1918, surgen en el centro de la escena de entre los flecos del primer

telón.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- ¿Tú no estás contenta con el final de la guerra?

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>- Claro que sí. ¿No comprendes que ahora vendrán más perfumes de Francia? El que andará fastidiado es Ramón.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- ¿Sí? ¿Por qué?

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>- Decía que para él no había más que tres hombres en el mundo: el Káiser, Maura y Belmonte.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- Creo que era millonario en marcos.

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>- Ahora va a haber muchos millonarios de esos.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- Bueno, ¿y si nos fuéramos a la Castellana?

Acuérdate que estamos citadas allí con la de Iturralde.

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>- ¡Ah, no! Mamá no me deja salir con ella.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- ¿Por qué?

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>- Se ha enterado de que fuma y llama a los muchachos por teléfono.

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- ¡Jesús! (Transición.) Bien. En todo caso, hoy nos espera en la Castellana.

MUCHACHA 2.<sup>a</sup>- ¿En qué acera?

MUCHACHA 1.<sup>a</sup>- ¿En cuál ha de ser? En la derecha. ¡Es la elegante!

(Desaparecen por entre los flecos del telón. En este instante las luces se apagan un solo segundo, mientras suena un golpe de gong. Voces de vendedores dentro: «¡El ABC! ¡El ABC! ¡El general Primo de Rivera y la reunión del Directorio! ¡El general Primo de Rivera y la reunión del Directorio!». Dentro se oye el Marabú de Doña Francisquita. Las muchachas 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> salen de nuevo vestidas con dos trajes de calle irreprochables, a la usanza de 1925. Detrás de ellas, DOÑA EMILIA, la señora de compañía. En este instante se oye en la puerta del fondo del patio de butacas el rumor de un altercado y de unas protestas. Se escuchan voces de «¡A la cola! ¡A la cola! ¡Yo estaba primero!». «¡Orden, o vamos todos a la Comisaría!...». Se tiene la sensación de que hay quienes quieren irrumpir por la violencia en el patio de butacas. Este se ilumina.)

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>- ¿Qué es eso?

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>- Nada: la cola para las entradas de Doña Francisquita.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>- ¿Has estado?

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>- Sí; fui la otra tarde con Joseíto Gallardo.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>- ¿Quién es? No le conozco.

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>- Sí, mujer: Joseíto García Gallardo, el hermano de la señora de Ardanaz, la que murió el año pasado...

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>- ¡Ah! sí, ya sé... Hermano también de aquel pájaro que...

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>- Sí; pero completamente distinto, ¿sabes? Joseíto es buenísimo: un pedazo de pan, en toda la extensión de la palabra.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>- (Señala a la señora que ha salido con ellas y que se mantiene a una prudente distancia de las dos.) Óyeme, ¿esta no



era la «carabina» que acompañaba antes a las Medina?

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- Sí, la misma. Duro, cine y merienda.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Yo creo que lo de las «carabinas» va cayendo en desuso.

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- Sí, sí; que te oiga mamá, ya verás lo que dice.

(Se abre la puerta del fondo del patio de butacas y entran dos jóvenes con unas entradas de teatro en la mano.)

MUCHACHO 1.<sup>o</sup>.- ¿Qué entradas te han dado?

MUCHACHO 2.<sup>o</sup>.- Fila catorce, seis y ocho, me parece.

MUCHACHO 1.<sup>o</sup>.- Déjame que me entere. (Se para un instante en el centro del pasillo del patio de butacas y las mira.) Sí, así es. Un poco lejos; pero en Apolo se ve bien.

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Oye, ¿no crees que esos muchachos nos siguen?

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- Pues... yo diría que sí...

(Se la ve halagada, dentro de su zozobra.)

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Doña Emilia, vámonos a la Castellana.

MUCHACHA 4.<sup>a</sup>.- ¿A qué acera?

MUCHACHA 3.<sup>a</sup>.- Mujer, ¿a cuál ha de ser? A la, izquierda. ¡Es la elegante!

(Y sorbidas por la primera abertura del telón, echan a andar las dos hacia la izquierda, con un cómico empaque digno e incitante a la vez.)

MUCHACHO 1.<sup>o</sup>.- (Aún desde el patio de butacas.) Tú, fíjate en esas muchachas. Yo creo que se nos dan, ¿no te parece?

MUCHACHO 2.<sup>o</sup>.- Sí, sí... Y son guapas. ¿Avanti?

MUCHACHO 1.<sup>o</sup>.- Avanti.

(Y suben por la escalerilla que comunica el patio de butacas con el escenario.)

MUCHACHO 2.<sup>o</sup>.- (En la escalerilla.) Ten cuidado. ¿Cuándo acabará el Ayuntamiento con estas calas?

(Apunta con su bastoncillo al emplazamiento de la orquesta.)

MUCHACHO 1.<sup>o</sup>.- ¡Qué sé yo...! Para el cuarenta y siete... Fíjate en esta: si te resbalas, te matas...

MUCHACHO 2.<sup>o</sup>.- Y ni una indicación siquiera. Es un abuso.

(Nuevo golpe de gong. La oscuridad es ahora completa. Solo los dos faroles de la escena se han encendido. Voces de vendedores dentro. «¡La toma de Alhucemas! ¡La toma de Alhucemas! ¡La toma de Alhucemas!». Apenas extinguidas, se oye una voz que dice: «¡Se ha tomado Alhucemas!». Varias voces repiten lo mismo, sin atropellarse, en tempo de fuga, unas tras otras: «¡Se ha tomado Alhucemas!». La misma voz conductora dice ahora: «¡La bandera de España en la bahía de Alhucemas!». Las voces restantes repiten: «¡La bandera de España en la bahía de Alhucemas!». Unos momentos antes se ha empezado a escuchar el himno de los Legionarios. En este instante suena con toda intensidad. Un golpe de gong acaba repentinamente con todo. La escena se apaga; pero vuelve a encenderse en el acto. Alguien canta dentro, con la música del Chíbiri.)

VOZ DE HOMBRE.-

Por la calle de Alcalá  
van dos coches de Palacio...

CORO.-

¡Ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri!  
¡Ay, chíbiri, chíbiri, chon!  
Si tuviera un buen fusil,  
no andarían tan despacio.  
¡Ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri!  
¡Ay, chíbiri, chíbiri, chon!

VOZ DE MUJER.-

Por la calle de Alcalá  
dos beatas van a misa...

CORO.-

¡Ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri!  
¡Ay, chíbiri, chíbiri, chon!  
Si tuviera un buen fusil,  
no andarían tan deprisa.  
¡Ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri!  
¡Ay, chíbiri, chíbiri, chon!

(Se oyen risas estrepitosas. Por la lateral derecha aparecen dos

jóvenes.)

JOVEN 1.º.- (Como si se quitara una preocupación de encima.)

Bueno, mañana, al fin, ¡12 de abril de 1931!

JOVEN 2.º.- Dime la verdad: ¿qué candidatura votas tú? ¿La monárquica o la republicana?

JOVEN 1.º.- ¿Y tú?

JOVEN 2.º.- Bueno, yo te digo lo que voy a votar y tú me lo dices después. ¿Convenido?

JOVEN 1.º.- Convenido.

JOVEN 2.º.- Seguro, ¿eh?

JOVEN 1.º.- Seguro.

JOVEN 2.º.- Pues mira, he de hablarte sinceramente. Lo he pensado mucho, ¿sabes? Y durante mucho tiempo, porque en el sí o en el no de mañana se deciden cosas muy graves, y al fin y a la postre, después de medir el pro y el contra, el lado bueno y el lado malo de cada cosa, me he resuelto firmemente -y tú sabes que a mí, cuando tomo una decisión no hay quien me apee de ella-, me he resuelto, digo, a votar a favor de...

(GABRIEL ARDANAZ Y RUIZ sale por la izquierda e impide al JOVEN 2.º que termine de definirse. Viste un traje negro, lleva una gabardina al brazo y se cubre con un sombrero flexible. Es un muchacho de unos veintiún años.)

GABRIEL.- Perdónenme. ¿Serían tan amables de decirme por dónde se va a la Plaza de Oriente?

JOVEN 2.º.- Acompáñenos, si gusta. Nosotros vamos en esa misma dirección. ¿Nunca estuvo en Madrid?

GABRIEL.- Sí; pero hace muchos años. Yo era un niño entonces. Por eso ahora ando completamente despistado.

JOVEN 2.º.- Tranquilícese. Ya verá qué pronto lo conoce igual que la palma de la mano.

GABRIEL.- Dudo que sea tan sencillo como me lo pinta...

(Están de nuevo en el borde del escenario e intentando con notorias dificultades el descenso al patio de butacas.)

JOVEN 1.º.- Tenga usted cuidado.

GABRIEL.- Hay muchas calles así. ¿Qué es lo que pasa?

JOVEN 2.º.- (Como si le confiara un secreto.) Pchs... Se está buscando petróleo.

GABRIEL.- (Se ríe jovialmente.) ¡Ah!, entonces... ¿Y qué es eso tan sucio que viene por ahí?

JOVEN 2.º.- No necesito ni mirar: un tranvía.

GABRIEL.- ¿Y aquel edificio que se ve al fondo?

(Están ya en el pasillo del patio de butacas y en actitud de meros paseantes, sin prisas, calle arriba.)

JOVEN 2.º.- El Teatro Real.

GABRIEL.- En reparaciones, ¿no?

JOVEN 2.º.- Sí; pero a punto de concluirse. Se inaugura en la primavera del treinta y dos.

JOVEN 1.º.- Ya iba siendo hora; que llevábamos cuatro años de obra.

(GABRIEL ARDANAZ parece mirarle abstraído y echa a andar, delante de sus compañeros, hasta hacer mutis por la entrada del patio de butacas. Los dos jóvenes se rezagan un tanto.)

(En voz confidencial.) Bueno, concluye: ¿a quién votas tú?

JOVEN 2.º.- ¡Ah!, sí. Pues, como te iba diciendo: yo, después de pensarlo mucho y medir el pro y el contra, el lado bueno y el malo de cada cosa, he resuelto firmemente, y ya sin vacilar, porque tú sabes bien cómo soy yo cuando tomo una decisión, he resuelto votar a favor de...

(Y desaparece por la entrada del patio de butacas, sin que haya manera de que, por fin, nos enteremos a quién es al que cede su voto. En este instante la luz del patio de butacas, que estaba encendida, se apaga y toda suerte de telones se elevan para el comienzo del cuadro cuarto.)

#### Cuadro IV

La escena es la misma de los actos anteriores. Sin embargo, ha desaparecido el teléfono del testero de la izquierda, y ha sido reemplazado por otro automático que está en el escritorio. En su lugar se encuentra el mismo cuadrito que había al comenzar la obra. Al levantarse el telón entra DON GABRIEL. Está hondamente envejecido, con caracterización igual, como es lógico, a la que tenía en la primera mitad del primer acto, ya que nos encontramos de nuevo en abril de 1931. DON GABRIEL se ha sentado en el primer término izquierda, vuelto de espaldas a la escribanía. En su mano tiene una foto de un tamaño doble o triple del de postal, con un ancho marco de color y diseño característicos, a la que contempla sugestionado.

EULOGIA.- (En el umbral. En tono de apremio.) ¡Ay, don Gabriel!...

DON GABRIEL.- (No muy despierto.) Sí...

EULOGIA.- Le voy a guardar a usted esa foto.

DON GABRIEL.- ¿Y con qué motivo, Eulogia?

EULOGIA.- Se pasa usted las horas muertas mirándola.

DON GABRIEL.- ¿Sabes, Eulogia, el valor que tiene eso que se llama un grupo de familia? Todos inmovilizados un segundo ante el fotógrafo... De nuestra foto de aquel año 1908 salió -es gracioso- una sola de las que nos hicimos, la que no tenía por qué salir. ¡Y cómo no mirarla!

EULOGIA.- En fin, ¿le ha gustado el jerez, don Gabriel?

DON GABRIEL.- Sí, Eulogia.

(Tiene a su lado un vaso y una botella, que EULOGIA retira ahora.)

¿Me trajiste los periódicos? No los he leído esta mañana.

EULOGIA.- Sí, aquí los tiene.

(Los había dejado, al entrar, sobre la consola.)

DON GABRIEL.- Acércamelos.

(EULOGIA se los da. Uno es, naturalmente, ABC. El otro, El Socialista. DON GABRIEL se cala pausadamente las gafas y hojea el ABC, sin mayor atención. De pronto, el nombre de El Socialista le salta a los ojos. Se pone de pie, como si hubiera visto al demonio. Le tiemblan las manos; a medias de cólera, a medias de asco.)

Eulogia: ¿El Socialista en esta casa? ¿Quién se atrevió a traerlo?

EULOGIA.- Yo no sé... Lo habrán confundido con El Debate.

DON GABRIEL.- Pues ya es confundir.

EULOGIA.- Señor, yo no tengo la culpa. El chico de la esquina, que anda siempre con la cabeza a pájaros...

DON GABRIEL.- Le dices de mi parte que si se vuelve a equivocar, puede ir buscando otro cliente. Anda, y ahora déjame, Eulogia. ¿Qué hace la señorita Encarna?

EULOGIA.- Estaba en su cuarto, escribiendo a sus hijas, me parece. ¿Quiere que la llame?

DON GABRIEL.- (Soñoliento.) No, no la interrumpas. Y vete, anda... ¿Qué sucede?

(EULOGIA se ha quedado mirando a través de los cristales del foro.)

EULOGIA.- Ahora vienen más soldados a la guardia que antes, ¿verdad?

DON GABRIEL.- Sí, algunos más. (Casi enteramente vencido por el sueño.)

EULOGIA.- ¿Y por qué eso? ¿Qué va a pasar?

DON GABRIEL.- No va a pasar nada, Eulogia. Déjame, anda.

EULOGIA.- Está bien.

(Y se va por la lateral derecha, de paso que se lleva la bandeja con la copa de jerez y El Socialista.)

DON GABRIEL.- (Le señala el periódico.) Echa al fuego ese periódico. Verás qué bien prende.

EULOGIA.- Sí, señor.

(Queda de nuevo DON GABRIEL solo. Entonces abre el ABC. Lee unos segundos. Diríase, sin embargo, que la atención se le va por otro lado. Lucha consigo mismo. Acaba por lanzar lejos de sí el periódico y por ensimismarse en la contemplación de la foto. EULOGIA había corrido las cortinas y el mirador quedó, así, separado por completo de la habitación. Empieza a oscurecer poco a poco en la escena.)

DON GABRIEL.- (Ya entrecortadamente, como si soñara.) ¡Oh, familia mía!.. Después de aquel segundo fugitivo que nos concentró a todos, ¿por dónde se fue cada uno? ¿Cuál fue su camino? ¿Dónde fuiste tú, hijo mío?

(Subrayado por la luz de un foco, aparece en la lateral izquierda y se le acerca.)

SANTIAGO.- Padre, siéntete orgulloso de mí. ¡Tuve una muerte tan bella, tan militar! Luché hasta que se agotaron las municiones. De pronto, dejé de ver... Terminé, padre. Pero dignamente.

DON GABRIEL.- Gracias, hijo, por tu heroísmo.

(SANTIAGO hace mutis por el mirador)

¡Santiago!...

(Intenta retenerle. Pero SANTIAGO se fue ya. Un instante diríase que DON GABRIEL va a seguirle. Mas no es así. Ahora, al volver la mirada hacia la izquierda, ve a ENCARNA y a las tres chiquillas.)

ENCARNA.- ¿Qué hay, hermano?

DON GABRIEL.- Ya tienen maridos que las protejan, Encarna.

ENCARNA.- (Con cierto mal humor.) Sí, sí; ya están casadas las tres. (Casi las zarandea.) Mira a Francisca Ignacia. ¿Te acuerdas lo que decía? «Yo no me casaré nunca ni con un médico, ni con un militar». Y se casó con un comandante de Sanidad. (A FRANCISCA IGNACIA, que no pestañea.) Hay que ser mujer de principios.

DON GABRIEL.- Es feliz, Encarna.

ENCARNA.- Sí; pero lo es en Gerona.

DON GABRIEL.- Mujer, ¿crees tú que la felicidad en Gerona tiene

menos quilates que la felicidad aquí?

ENCARNA.- Niñas, ¿queréis que os confiese mi ilusión de hoy? Teneros, aunque sea un solo día, juntas de nuevo, sin vuestros maridos, a los que adoro, pero que no me hacen falta. Durante mucho tiempo os he llevado a la playa, a los grupos de familia, a las procesiones, a los paseos, a los teatros, con vuestros vestidos iguales. Sueño con que antes de que muera, demos, al menos una tarde, juntas las cuatro, la vuelta a la Plaza de Oriente...

(Y hace mutis con las tres hijas por la lateral izquierda.)

DON GABRIEL.- (Se vuelve súbitamente hacia las cortinas del foro. En ellas ha aparecido ANDRÉS.) ¿Vives aún, Andrés...?

ANDRÉS.- ¿Por qué no? Jugué también si debía matarme o seguir viviendo. Mi última ficha del Casino, a cara o cruz. Cara era pegarme un tiro. Salió cruz. Seguí viviendo. Adiós.

DON GABRIEL.- Adiós, Andrés.

ANDRÉS.- (Como si alguien le llamara.) ¡Esperadme!... (Saca un puñado de fichas del bolsillo. Las lanza hacia adentro.) Mis últimas diez mil pesetas a ese paño...

(Hace mutis ligeramente por el mirador. Cuando DON GABRIEL se vuelve, GALLARDO ha aparecido en el centro de las cortinillas.)

GALLARDO.- ¡Culpadme!

DON GABRIEL.- (Se acerca a él.) ¡Ah, Gallardo!...

GALLARDO.- Mi vicio fue el origen del suyo. Pero supe castigarme.

DON GABRIEL.- ¿Cómo? ¿Qué quiere dar a entender? La muerte vino a buscarle esa misma noche, Gallardo, y le evitó a usted muchas tristezas...

GALLARDO.- No, Gabriel. Te equivocas. Yo fui esa noche a la busca de la muerte.

DON GABRIEL.- Le encontramos, por la mañana, dormido para siempre...

GALLARDO.- Sí, así fue; pero por mi voluntad.

DON GABRIEL.- (Apesadumbrado.) ¡Pobre amigo...!

GALLARDO.- (Inicia el mutis pesadamente por el mirador derecha.) Por mi voluntad...

MARÍA LUISA.- (Desde dentro.) ¡Gabriel! (Su voz tiene un acento alegre y juvenil.)

DON GABRIEL.- ¡María Luisa!

(MARÍA LUISA entreabre las cortinas y surge en escena. Corre hacia él y le enrosca sus brazos al cuello.)

MARÍA LUISA.- Te dije que moriría antes que tú; pero que ya arreglaría la manera de venir hacia ti. Contaba con tus sueños,

Gabriel.

DON GABRIEL.- ¡Ah, mis sueños!...

MARÍA LUISA.- ¿Cómo tardaste hoy tanto en soñar conmigo, Gabriel? Llevo en la espera de que me llamas mucho tiempo. Estaba celosa ya de todos los demás.

DON GABRIEL.- No lo estés. Ninguno cuenta para mí como tú. Hoy habré acudido tarde a la cita. Pero ayer toda la noche te guardé conmigo. Dime, ¿no te acuerdas?

MARÍA LUISA.- Sí, volvimos a nuestros jardines. Me acuerdo.

DON GABRIEL.- Tú no sabes, María Luisa, lo triste que es despertar solo ya, sin ti...

MARÍA LUISA.- Y tú no sabes lo triste que es quedarse en la niebla, sin que tú me reclames.

DON GABRIEL.- No debimos habernos separado jamás.

MARÍA LUISA.- ¿Cómo evitarlo? Pero escúchame una cosa: hoy tu despertar será alegre.

DON GABRIEL.- ¿Por qué?

MARÍA LUISA.- Tú mismo habrás de verlo.

(Suenan un timbre dentro.)

¿Me dejas?...

DON GABRIEL.- (Vivazmente.) ¡No!

MARÍA LUISA.- Sí, despiertas ya...

DON GABRIEL.- ¿Por qué lo crees?...

MARÍA LUISA.- Me siento menos prendida. Tus manos no son tan fuertes como antes. Me sueltas ya...

DON GABRIEL.- María Luisa...

(En efecto, sus manos van abandonando las de MARÍA LUISA poco a poco. El timbre suena de nuevo.)

Me rebelo... (Pero habla con un tono de abandono; diríase que de debilidad.)

MARÍA LUISA.- (Al oído.) ¡Adiós, amor! ¡Suéñame pronto otra vez!

DON GABRIEL.- ¡Adiós!

(La escena recobra su luz normal. Entonces se ve aparecer a EULOGIA. Tiene un aspecto de indudable zozobra. Cruza la escena de izquierda a derecha y hace mutis por esta última lateral. En el ínterin, lanza una mirada a DON GABRIEL, en las estribaciones primeras de la vigilia. Antes de que EULOGIA surja de nuevo, DON GABRIEL se despierta enteramente. Entonces se dirige a las cortinillas del foro y las descorre con avidez. Nada hay detrás de ellas. DON GABRIEL se pasa la mano por la frente y se apoya un instante en los cristales. Queda así, al fondo de la escena. Ahora sale EULOGIA, y con extraña premura se marcha de nuevo por la izquierda. Dos segundos más tarde se presenta de nuevo. Entonces corre a la puerta de la derecha y



llama desde ella a ENCARNA.)

EULOGIA.- ¡Señorita, señorita!...

(Y sin esperar a que se presente, acude de nuevo a la puerta de la izquierda.)

Pase, pase.

(Dice desde allí. Y entra GABRIEL ARDANAZ Y RUIZ. Trae su sombrero en la mano. Queda en el umbral de la izquierda, sin avanzar apenas. Ahora, GABRIEL saca el reloj de sonería, y lo dispara, DON GABRIEL se vuelve, al oírle.)

DON GABRIEL.- Ese reloj...

(Advierte en ese momento la presencia de GABRIEL y se dirige hacia él. De modo simultáneo se presenta por la derecha ENCARNA. ENCARNA trae el traje y la caracterización del primer acto.)

ENCARNA.- ¡Dios mío!

(EULOGIA ha vuelto y atiende también desde las cercanías de la puerta de la lateral izquierda a cuanto pase.)

DON GABRIEL.- Contéstame... ¿Qué es esto? ¿Sueño aún? ¿Quién eres?  
GABRIEL.- (Gravemente.) Mi nombre es Gabriel. Mis padres se llamaron Santiago y Soledad.

(La escena se oscurece repentinamente. Es solo un segundo. De nuevo vuelve la luz normal a la escena. DON GABRIEL, como al principio de la obra, entra por la lateral izquierda. Sus movimientos y sus ademanes procurará que sean calco exacto de los de aquel otro momento. Huelga decir que su indumentaria es, naturalmente, la misma.)

DON GABRIEL.- Era mucho abrigo para un día de abril... ¡Encarna!

ENCARNA.- (Sale por la lateral derecha.) ¿Ya estás de vuelta?  
¿No hubo ningún incidente? ¿No te pasó nada?

DON GABRIEL.- Todo ha ido en orden y sin novedad. ¡Ah! y quítame el abrigo. Hay que eliminar estorbos.

ENCARNA.- ¿A doce de abril, un estorbo el abrigo?

DON GABRIEL.- Este doce de abril, desde luego. La primavera está muy firme, Encarna. Y a mí me pesa sobre los hombros tanta ropa.

ENCARNA.- Trae, trae... Te equivocas si crees que voy a hacerte caso.

DON GABRIEL.- Siento por ti ese odio que sienten los niños hacia quienes les hacen tomar medicinas...

ENCARNA.- (Tiernamente. Le besa.) Yo también te odio, hermano.

DON GABRIEL.- ¿Y ese muchacho, Encarna?

ENCARNA.- (Se acerca a DON GABRIEL. Halagadora.) Es el mozo más bien plantado que vi nunca.

DON GABRIEL.- (Como si a él fuera dirigido el elogio. A la vez que se atusa, como por instinto, el bigote.) ¿Tú crees?...

ENCARNA.- Y con una simpatía que arrolla cuando le sale al paso, que se contagia y le hace a uno en seguida..., no sé, ponerse de su lado...

DON GABRIEL.- Sí, ¿no es cierto? Lo mismo pensaba yo.

(Comienza a oírse la Marcha de los alabarderos, del primer acto.)

Fíjate qué bien suena, qué ritmo más señor y qué marcial al mismo tiempo... (La escucha, en éxtasis, como antes.)

ENCARNA.- ¿Qué tienes ahí? ¿Tu Diario de siempre?

DON GABRIEL.- Este Diario lo empecé el año 1886, cuando tú estabas solo en la mente del Señor.

ENCARNA.- Eres muy galante, hermano. En 1886 hacía ya once años que yo había salido de la mente del Señor para pasar al censo del distrito de Palacio.

(Mutis por la izquierda.)

DON GABRIEL.- ¡Bah, bah! Una chiquilla sin juicio... (Toma el Diario, y lo lee.) «...Desde ayer, Gabriel, mi nieto, está con nosotros. Él nos lo ha contado todo. Soledad murió hace unos meses. Sus últimas palabras fueron para pedirle que viniera a continuar su vida a nuestro lado. Así será». (Sin leer ahora.) ¡Gracias, Señor, que ofreces a mi vejez ese inmenso júbilo! (Vuelve a su Diario, y escribe.) «Cuando volvía de votar, quedé, no sé por qué razón, un poco triste. Después tomé el retrato de mi padre. Me miré al espejo. "Caballerito, ¿se da usted cuenta de que es ya nada menos que todo un hombre?"». Y en un solo instante desfiló por mi memoria mi vida entera. Sí..., mi vida entera desfila ahora, 12 de abril de 1931, por mi imaginación. En el día de hoy, sin embargo, tiemblo, aunque no sepa exactamente la razón... ¿Qué significará para mi país este 12 de abril de 1931? ¡Ah, Señor!, tengo miedo por esta patria mía, por su suerte futura, por su destino... (Se interrumpe de pronto, se lleva la mano al pecho con una expresión de dolor.) ¿Qué es esto que me pasa? (Se recobra. Continúa escribiendo.) «Y si mi patria ha de torcerse y caer en el drama, pues mi labor ha sido cumplida y hay un nuevo Ardanaz detrás de mí llamado a librar a nuestro apellido de su fin, y está mi alma tan en paz y una dulzura tan honda me llena las venas, pienso que hoy, justamente hoy, Señor, (Nuevo gesto de dolor.) no me importaría nada morir».

(Se va apagando la escena poco a poco.)

MARÍA LUISA.- (Desde dentro. Con una voz que suena lejanamente, como si rodara a través de infinitas montañas.) ¡Gabriel!...

DON GABRIEL.- (Alucinadamente.) Sí, María Luisa... ¡Ir a ti!...

MARÍA LUISA.- ¡Gabrieeel!...

(Entonces, DON GABRIEL, exánime, deja caer el cuaderno de hule sobre la alfombra. Ahora, las cortinillas del mirador se descorren muy dulce y lentamente. La familia Ardanaz está, tras ellas, dispuesta de la misma forma que lo estaba cuando DON GABRIEL disparó el objetivo de la máquina en los comienzos del Segundo Cuadro del Segundo Acto. A saber, las tres niñas pequeñas, en el suelo, en actitud de aplaudir. En las sillas, sentados, de izquierda a derecha, ENCARNA y GALLARDO. Una silla vacía, y MARÍA LUISA. De pie, de izquierda a derecha, ANDRÉS y SANTIAGO. ANDRÉS muestra el collar a ENCARNA, engolosinada. Huelga decir que la inmovilidad de cuantos componen el cuadro es absoluta. Unos segundos antes de descorrerse las cortinas, la voz de MARÍA LUISA, con un más humano acento, ha repetido...)

Gabriel, ¿no vienes...?

(Es una última y suprema convocatoria. Ahora DON GABRIEL se reincorpora. DON GABRIEL avanza hacia el cuadro de familia. Va a ocupar el puesto vacío. Cuando ha tomado posesión de él, las cortinillas se cierran poco a poco. Y en seguida, con lentitud, cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

